

Una obra persistente

Como siervos del Señor, vivimos insertos en la comunión del cuerpo de Cristo, privilegio concedido por la gracia de nuestro bendito Dios y Padre. En medio de la sociedad moral y espiritualmente decadente que nos rodea, hay un pueblo creyente que suspira por las cosas eternas.

En esta comunión, hay palabra, consejo e inspiración para nuestra continua carrera y batalla cristiana, apuntando siempre a la edificación de los creyentes, a fin de agradar a Aquel que nos llamó a su reino y gloria.

Poder compartir esta riqueza con nuestros hermanos es también un privilegio, un trabajo de amor, un paso de obediencia al Señor a quien servimos, pues nos asiste la convicción de que la lectura de estos mensajes traerá consuelo a corazones sedientos, en lugares que quizás no imaginamos.

Encargamos esta edición al bendito Espíritu Santo, cuya obra persistente en la tierra no cesa, pues ella aún no está concluida. Se acerca una hora gloriosa, cuando el Consolador también podrá decir (tal vez sin palabras): “Consumado es”. Entonces, el propósito de Dios con los hombres habrá llegado a su anhelada plenitud.

El olor grato

Los hijos de Israel aprendieron, en la penumbra de sus ritos, la plenitud de la obra de Cristo.

Henry Law

"Y percibió Jehová olor grato" (Gén. 8:21).

Lector, ¿no desearías que tu alma fuese aceptada ante el trono de la gracia? Quizá contestes: Tal bendición es inalcanzable. ¿Cómo puede alcanzar tal favor una criatura tan insignificante, un pecador tan vil? ¡Bendito sea Dios! Hay una puerta disponible. Acércate apoyado con fe en el brazo de Jesús; revestido, por fe, en su justicia; amparándote, por fe, en los méritos de su sangre, y entrarás con alegría indescriptible.

La Biblia parece escrita con el objeto de guiarnos, por un camino eterno, al reposo que Dios ofrece. Por eso, en sus páginas, vemos cómo las doradas puertas se abren cuando manos como las nuestras las tocan. Abel se acerca con el cordero requerido y no halla rechazo. «Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda». Noé fue con la misma llave y no encontró impedimentos. Su culto consistió en aquel incienso de gratitud. «Y percibió Jehová olor grato».

La muerte de Jesús

Así fue y siempre será. Hay tan poderosa virtud en la muerte de Jesús, que Dios no la puede resistir. Cuando un pobre pecador la presenta, hay gozo en lo alto. ¡Cuán importante es que veamos esta verdad con toda claridad! De aquí que, cuando Noé vertió la sangre, que representaba a Cristo, Dios percibió olor grato. Al ser inmolado el Cordero, una fragancia agradable inundó el cielo.

Estas gratas nuevas muestran el argumento con que podemos obtener el perdón y toda la gracia necesaria. Aún cuando hubiéramos tratado de explicar esta lección con muchos razonamientos, tan solo se hubiera logrado elaborar un leve bosquejo. Pero el Espíritu solo afirma: «Y percibió Jehová olor grato». Con una sola mirada, lo comprendemos todo. Al alzarse la cruz, nubes de aroma de victoria traspasan el firmamento.

Esta imagen es una joya del tesoro bíblico, que habla en el lenguaje de todas las clases en todas las épocas y en todos los lugares. Fue ella una luz para los piadosos peregrinos de los primeros tiempos y, después de muchos siglos, continúa siendo una luz para nosotros. Ella reavivó a nuestros hermanos de la antigüedad y reavivará al último santo. Desciende a la humildad de la más sencilla morada, pero se remonta también por encima del intelecto más elevado.

«*Y percibió Jehová olor grato*». Todos entienden por igual que el Padre halla su reposo en Jesús, quedando su divinidad satisfecha. Todo el Evangelio de la reconciliación se encuentra en esa frase. Los hijos de Israel aprendieron, en la penumbra de sus ritos, la plenitud de la obra de Cristo. El derramamiento de sangre proclamaba un perdón completo. Pero, para darles una certeza más grande aún, se agitaba, sobre cada víctima, este ramo de olivo: «...y el sacerdote hará arder todo sobre el altar; holocausto es, ofrenda encendida de olor grato para Jehová» (Lev. 1:9).

Y cuando el gran apóstol ensalza la cruz, usa el mismo emblema para demostrar su poder: «*Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante*» (Ef. 5:2). Éste es el cristal de aumento con el cual vemos que la muerte de Jesús es el jardín que ema-

na los perfumes más suaves para Dios. Aquel solo sacrificio exhala una fragancia eterna e ilimitada.

La Justicia

Acerquémonos más y veamos el deleite infinito de Dios. Cuando contemplamos a Dios en su majestad, podemos ver sobre su cabeza las incontables coronas de su pura y santa excelencia. Todas ellas brillan armoniosamente con gloria infinita e inmutable. Son inseparables y no pueden existir solas. Están unidas con lazos que solo Dios podía atar, y que él nunca deshará. Siendo así, se podría preguntar: ¿Cómo, entonces, pueden todas ellas contribuir para hacer que un pecador participe del trono del Eterno?

Que hable, primero, la Justicia. Sus reclamaciones nos llenan de terror. Tiene derecho a exigir una obediencia ininterrumpida durante toda la vida. Cada pensamiento que se desvía del amor perfecto, incurre en una deuda infinita. En su mano lleva un

Todos entienden por igual que el Padre halla su reposo en Jesús, quedando su divinidad satisfecha. Todo el Evangelio de la reconciliación se encuentra en esa frase.

rollo escrito, contra nosotros, por dentro y por fuera. Si se relajara, equivaldría a tolerar el mal, y Dios cesaría de ser Dios. Por lo tanto, clama con insistencia: «Paga lo que debes». Pero ¿cómo podrá pagar el que no posee nada sino su propio pecado?

Contempla la cruz. Allí pagó Jesús con su muerte, y no hay lengua que pueda expresar su valor. La Justicia sostiene la balanza, que cruje con el peso de tanta iniquidad. Pero aquel sacrificio colma, con creces, la diferencia. La Justicia se regocija ahora, porque ha sido infinitamente honrada, pues, aunque toda la raza humana hubiese sido precipitada en la celda del tormento y allí se hubiese retorcido eternamente pagando el castigo infernal, con todo, la deuda no se hubiera cancelado. Pero muere Jesús y la Justicia queda, de inmediato, coronada con satisfacción eterna.

Un ejemplo de la vida diaria, aunque solo refleja la verdad en parte, puede ayudarnos. Cierta hombre tiene una deuda millonaria. Sus medios solo le permiten pagar un centavo cada día. El acreedor manda arrestarlo y empieza a cobrar el débito diario. Pasan los años, pero la cantidad apenas decrece, pues el quitar un grano de arena cada día nunca extinguirá las arenas del océano. Pero, he aquí, un hombre rico viene y, con un solo pago, cancela la deuda. La acusación se retira; el prisionero sale li-

bre; y el acreedor se regocija con el pago. Del mismo modo, la copa de expiación que la justicia recibe en la cruz está tan llena que no puede contener más. La Justicia se goza con la dulzura de su sabor.

Considera las maravillas que así se obran: la Justicia descansa su espada vengadora y se envuelve en sonrisa de amor aprobatorio. Cesa de ser el adversario que exige la condena, y se transforma en abogado que, insistente, pide la absolución. El mismo principio que con tanta rigidez demanda la muerte por cada pecado, se niega, con igual rigidez, a recibir el pago dos veces. Aférrate, pues, a la cruz. La Justicia establece allí, con petición poderosa, tu derecho al cielo.

La Verdad

Veamos ahora el dulce sabor que desprende la Verdad de Dios. Si la Justicia es inflexible, también lo es la Verdad. Su sí es sí; su no es no. Cuando habla, su palabra debe cumplirse. Los cielos y la tierra pasarán, pero ella no puede retroceder. Su voz ya se ha dejado oír anunciando la ira eterna que cada pecado provoca. Por ello, ha cerrado las puertas del cielo con barras de duro diamante. Lágrimas, penitencias y súplicas son en vano. La Verdad sería falsa si el pecado escapase impune. Pero Jesús viene a beber la copa de venganza; cada amenaza recae sobre él. La Verdad no

necesita más. Bate sus alas con gozo, y veloz vuela al cielo para anunciar que ni una palabra ha dejado de cumplirse.

Tomemos otro ejemplo imperfecto. Un rey proclama un edicto y declara bajo juramento que la desobediencia será seguida por la muerte. Un súbdito se rebela y es hallado culpable. Se impone la ejecución. Si el rey vacilase ahora, ¿dónde pararían su fidelidad y la majestad de su imperio? Pero imaginemos que el hijo del rey se ofrece para sufrir la pena en lugar del ofensor. De este modo, la ley sería honrada, el edicto no se violaría, y el orden se gozaría, a la par que el culpable seguiría viviendo. Así también, cuando Jesús sufre, la Verdad se reviste de honor y percibe el aroma suave de la satisfacción.

Gózate en la cruz, creyente. La misma ley que había forjado tan fuertes cadenas, halla que, solo allí, puede acceder a hacer de tu vida su morada. Ahora demanda tu salvación porque no tiene nada contra ti sino, por el contrario, todo te lo ofrece con la promesa: *«...para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna»*.

La Santidad

Debo añadir que Jesús es olor grato a la Santidad de Dios. Este atributo es la planta sensitiva del cielo que se retrae ante la presencia del pecado.

No puede resistir la impureza y solo acepta una rectitud inmaculada. Solo respira donde todo es puro. Pues bien, en la cruz sucede algo maravilloso que hace vibrar de gozo cada fibra del corazón. Brota de ella una corriente que limpia toda culpa hasta hacerla desaparecer. Y esto no es todo. Cuando el pecador la contempla, su pasión por el pecado se marchita, y florece el amor de Dios. Por ello, la cruz presenta a la Santidad, *«...una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante»*.

¿Quisieras, lector, obtener un salvoconducto y aptitud para el cielo? Mora junto a la cruz. Allí adquirirás el derecho de heredar el cielo y la libertad de gozar. ¿Quisieran los ministros de Cristo debilitar el poder de Satanás? Prediquen la cruz. Solo morirán al pecado los que mueran primero, en Cristo, a su castigo. La única fuerza santificante es la fe en Cristo.

La Misericordia

También la Misericordia exhala dulce aroma. La Misericordia llora al contemplar la miseria humana. Se aflige ante la aflicción. Prueba la gota más amarga de la copa de dolor. Pero su triunfo es grande cuando se evita la angustia, cuando se perdona al culpable, cuando se rescata al que perece. ¡Cuán intenso es su gozo cuan-

do ve la inmensa multitud que ha sido arrancada de la amarguísima agonía, y llevada a la gloria celestial! Su deleite se desborda al oír las voces de los que cantan las victorias del Cordero, y al entender que esta adoración resonará con melodía más potente por la eternidad. Pero solo en la cruz puede la Misericordia erguir la cabeza en triunfo.

Con dolor, me doy cuenta de que muchos hijos del pecado tienen una vaga esperanza de hallar misericordia sin haber hallado a Cristo. ¡Oh, si pudiesen comprender a tiempo que la misericordia de Dios nunca se aleja del Calvario! Confío, lector, que ahora podrás ver con claridad en qué forma todos estos atributos cantan, se gozan, dan gracias y gloria por ese Jesús que da satisfacción por todo. Su incienso asciende y el cielo se extasía con su perfume. Por eso, el Padre presenta al Hijo diciendo feliz: *«He aquí... mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento»*. Y también: *«Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia»*.

El aroma de Jesús

Lector, ¿piensas igual? ¿Es el gozo del cielo tu propio gozo? ¿Es su frescor el frescor de tu corazón, y su perfume el perfume de tu espíritu? ¿Se recrean y reposan todas tus facultades en Jesús? ¿Es él tu paraíso de las más bellas flores y fragantes espe-

cies? Créeme, todo dulce aroma está en él. Créeme, fuera de él no existe aroma de dulzura.

El mundo es un desierto impuro. El vapor de su maldad es corrupción y podredumbre. Apártate de sus espinos. Ven y pásate por las verdes alamedas del Evangelio, y participa de sus delicias abundantes. Los redimidos cantan por los caminos del Señor: *«Su nombre es como unguento derramado»*. *«Es la rosa de Sarón»*. *«Mi amado es para mí un manojito de mirra»*. *«Él es como un racimo de flores de alheña»*. *«Mirra, áloe y casia exhalan todos tus vestidos»*. Sí, él es el olor grato que nunca se desvanece.

¿Y quién puede oír esto y persistir en una vida sin Cristo? Te suplico, hijo del pecado, que hagas una pausa. Sin Cristo estás bajo maldición; tus méritos son trapos sucios; tu oración es abominación; tu alabanza, un insulto; tu servicio, una burla. Cada día te lleva un paso más lejos de Dios, y tu muerte será tu caída en el infierno. Dime, ¿no es mucho mejor ser olor grato de Cristo para Dios? ¡Piénsalo! Una vida con el perfume de Cristo será como una fragancia eterna en el reino de luz. Pero, una vida que despidе el olor de la corrupción terrenal, se convierte por fin en el humo aborrecible del sepulcro de las tinieblas.

De El Evangelio en Génesis.



Un gobierno compartido

El valor del marido y la mujer en el matrimonio es exactamente el mismo, pero con papeles diferentes.

César Coneglian

“

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”.

– Efesios 5:31-32.

Cristo y la iglesia

Todo lo que existe en esta tierra, existe por causa de Cristo. El único motivo del matrimonio es la gloria de Cristo. Dios tomó el matrimonio para mostrar a la humanidad lo que es la relación de Cristo con la iglesia. Él tomó una familia para mostrar a la humanidad la relación que él desea tener con la humanidad, de un Padre para con sus hijos.

El matrimonio nos habla de Cristo. Y si nosotros no tenemos esta comprensión, no entenderemos lo que los textos quieren decir. Por ejemplo, la Biblia no dice si la mujer puede trabajar fuera o no; pero define a la mujer como cuidando de personas. ¿Por qué? Porque la mujer produce la próxima generación de Cristo. Nuestros

hijos serán el testimonio de la próxima generación, y Dios puso en las manos de la mujer el sublime papel de formar personas que darán testimonio de Cristo a la próxima generación.

Todo está ligado a Cristo y la iglesia. Entonces, vamos a abrir las Escrituras para comenzar a desvelar este misterio, que está oculto a nuestros corazones. *«Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia»*. Entonces, el matrimonio tiene la expresa finalidad de revelar en esta tierra el amor de Cristo por la iglesia, y el respeto y el cuidado que ella tiene por su Novio.

Definiendo roles

Cualquier institución del mundo, sea ella ejército, policía, gobierno, una empresa exitosa, tiene un gráfico que muestra los papeles o roles: cuáles son los roles de un presidente, de un general, de los subordinados. El organigrama de una empresa muestra cómo esa empresa funciona.

Si nosotros hablamos sobre roles, en cualquier lugar del mundo seremos aceptados; mas, cuando tomamos la palabra de Dios y decimos que existen papeles de hombre y de mujer, el infierno se levanta contra nosotros, porque, para el diablo, no existen los roles del hombre y de la mu-

jer. Pero Dios comienza con lo que es verdad, y en Génesis 1, 2 y 3, él define estos papeles.

Nosotros somos aceptados si hablamos de roles en cualquier institución; pero somos rechazados si hablamos de los roles dentro del matrimonio. Este es un asunto espiritual. Satanás no quiere que definamos los papeles, porque cuando un matrimonio los define, la casa funcionará de manera adecuada. Muchos matrimonios no viven bien, porque los roles son confusos. Nuestro matrimonio no tiene posibilidad de funcionar si no sabemos cuáles son los papeles.

Lo que somos

Antes de estudiar estos roles, veamos algo que está en la naturaleza de todo ser humano. Génesis 1:26: *«Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra»*.

Este es el primer versículo sobre el ser humano. Si no lo comprendemos bien, no entenderemos cómo funcionamos. El texto nos enseña que nosotros somos la imagen y semejanza de Dios. Esto vale para los hombres y para las mujeres. Pero,

imagen y semejanza, ¿en qué? Permítanme mostrarles algo.

Imaginen que la parte superior de mi cuerpo representa a César, quién soy yo, mi identidad, mi autoestima, mi yo. Mi identidad sobre dos piernas que, si están bien firmes, me sirven para caminar en esta vida. Entonces, miren las dos piernas que el versículo nos muestra. ¿Dónde es que el hombre es imagen y semejanza de Dios? En primer término, el versículo dice: «*Hagamos...*». Está en plural: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

Relacionamiento y trabajo

La primera pierna tiene que ver con el relacionamiento. El ser humano fue creado para relacionarse con otros. Necesitamos relacionarnos. Por más hermético o por más tímido que usted sea, necesita relacionarse. El primer relacionamiento para el cual el hombre fue creado, es con Dios; en segundo lugar, fuimos creados para relacionarnos unos con otros. Entonces, ¿en qué somos la imagen de Dios? En que Dios es relacional, y él nos creó también como seres relacionales.

El texto también dice: «*Señoree en las peces... en las aves... y en todo animal*». Entonces, la segunda pierna consiste en que todo ser humano fue creado para un trabajo, para

desarrollar un papel en esta vida. En resumen, el ser humano es edificado sobre relacionamiento y trabajo.

¿Cómo podemos probar esto en otros pasajes de la Escritura? Jesús fue Hijo (relacionamiento), mas también fue Siervo (tuvo un trabajo) en esta tierra. Veamos más. Cuando alguien se convierte, es hecho hijo de Dios. «*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*» (Juan 1:12). Y el Espíritu Santo vino sobre nosotros y nos bautizó con al menos un don o servicio. Esto es claro en las Escrituras.

¿Qué tiene que ver esto con el matrimonio? Todo. Porque, si ambas piernas no están bien desarrolladas, el matrimonio sufre. Por ejemplo, hay personas que son principalmente relacionales; pero no trabajan, son indefinidas profesionalmente. Al contrario, hay hombres que son muy trabajadores, pero son indiferentes con su familia, y eso también genera problemas matrimoniales.

Existen personas que tienen ambas piernas, pero son débiles; ninguna de sus piernas es fuerte. Hay personas que ponen el trabajo por sobre el relacionamiento, y su desenvolvimiento emocional es lento. Yo hice esto en mi matrimonio. Trabajaba catorce horas al día. ¿Cómo podría

darles atención a mi esposa y a mis hijos?

Equilibrio

Si nuestras dos piernas no están bien equilibradas, no tenemos condiciones para desenvolvernos con normalidad en el matrimonio. Presten atención a esto. Jesús, durante treinta años, estuvo en la condición de Hijo; después, durante tres años, estuvo sirviendo al Padre. Después de permanecer tantos años quieto, Jesús abre su boca, y lo que declara es aquello que él hizo a lo largo de todos esos años.

Si yo paso diez años sin ver a un amigo, cuando me encuentre con él, él me hablará de todo lo que hizo durante ese tiempo. Oigan lo que el Señor Jesús comenzó a decir en su primer sermón: *«Y cuando ores, no seas como los hipócritas ... Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público»* (Mat. 6:5-6).

Jesús pasó treinta años teniendo comunión con el Padre – la pierna del relacionamiento. Él trabajó aquellos treinta años, pero su énfasis fue conocer al Padre. A los doce años, él tenía tanta claridad acerca de eso, que cuando sus padres terrenales le preguntan por qué se

había quedado en Jerusalén, él solo responde: *«¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?»* (Luc. 2:49).

Su primer sermón es completo en relación al Padre: *«Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público»* (Mat. 6:17-18).

Jesús pasó 30 años relacionándose; por eso, su servicio fue tan equilibrado. Él sabía que lo más importante en la vida es el relacionamiento con Dios y con las personas.

Hace diez años, yo entendí esta verdad. Y entonces, llamé a mi esposa y a mis hijos, y les pedí perdón, por haber priorizado el trabajo y no el relacionamiento. El trabajo que aísla a las personas no es agradable a los ojos del Señor. El trabajo es necesario para atender a los nuestros. El Señor hizo así nuestro corazón, porque él está buscando dentro de nosotros un lugar de reposo para sí mismo.

Tipología con precaución

«Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cie-

los, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer» (Gén. 1:28-29).

Hay un punto extremadamente importante, que necesita ser bien comprendido por todos. Se nos ha enseñado que el hombre es la cabeza, y que la mujer se somete, y eso es una verdad en las Escrituras. Sin embar-

Gobierno compartido

El versículo 27 dice: «Varón y hembra los creó». Y después, Dios manda que ellos gobiernen la tierra. Pero habla en plural. ¿Quién gobernará la tierra? Los dos. Presten atención a esto. El gobierno es conjunto, con roles diferentes. Dios me ha dado una tierra para administrar, yo, mi esposa y mis hijos. Sin embargo, este es un gobierno compartido, donde yo tengo el papel de cabeza, y ella, de auxiliar.

Un matrimonio tiene que mirarse a los ojos, hablar la verdad, mostrar cómo están entendiendo las cosas de parte de Dios.

go, necesitamos entender una cosa: la tipología de Cristo con la iglesia tiene que ser vista con algunas reservas.

Cristo es el Novio perfecto, y la iglesia es imperfecta. Cuando comparamos nuestro matrimonio con esa realidad, debemos recordar que los seres humanos somos imperfectos. Entonces, la tipología debe ser usada con precaución. Los hombres somos imperfectos; necesitamos de ayuda en nuestra edificación, lo mismo que las mujeres. Con esto en mente, veamos lo que los versículos están diciendo.

Si no comprendemos que el gobierno es conjunto, corremos el peligro de que el hombre no escuche a la mujer; entonces, ella no será nuestra auxiliadora. Les daré una prueba bíblica de lo que les estoy diciendo, pero es preciso que esta verdad sea bien asentada en el corazón de los hermanos.

El hombre tiene el poder de decisión, pero la mujer tiene el poder de auxiliar. ¿Hay alguien que sea mayor? Es muy triste cuando los hombres se sienten mayores que las mujeres. En 1ª Corintios, Pablo dice que el hombre depende de la mu-

jer, y ella depende del hombre. Entonces, el valor de ambos es exactamente el mismo, con papeles diferentes. Tenemos un mismo valor; somos iguales.

Mismo valor, distinto rol

Satanás puso en el mundo, hace muchos años atrás, la idea del machismo, según la cual el hombre es mayor que la mujer. Hoy, Satanás invirtió esto, y sembró la idea del feminismo, donde la mujer es mayor que el hombre. Sin embargo, el pensamiento de Dios es que ambos tienen un mismo valor, aunque con roles diferentes. Yo tuve muchos conflictos innecesarios por no entender este principio. Cuántas veces yo no escuché a mi esposa, cuando ella traía una voz que era de Dios, porque yo creía que, siendo la cabeza, era yo quien tenía que decidir.

Mujeres, yo estoy haciendo lo que el Señor hizo, cuidando de ustedes. Pero recuerden lo que Dios dijo a Adán: *«Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer... maldita será la tierra por tu causa»* (Gén. 3:17). Mujeres, ustedes pueden traer palabras que acarreen maldición sobre el hogar. Ustedes son auxiliaoras; ustedes no son Dios. No todo lo que ustedes hablan es correcto; hay cosas que ustedes dicen que son erra-

das. Por eso, Dios no les ha permitido tomar el lugar de cabeza.

Gracias a Dios, la mujer tiene una característica emocional más fuerte. Sin embargo, la emoción puede variar de día en día, y no es confiable. La mente debe gobernar la emoción, y no al contrario. Por eso, Dios no dio a la mujer el gobernar como cabeza. Es simplemente así. Aunque hay diferencias, no hay cambios de valor.

«Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él» (Gén. 2:18). Es como si el Señor hubiese mirado a Adán, pensando: *«Es seguro que este varón se va a equivocar; le haré, pues, una auxiliadora. No será capaz él solo; necesita ayuda para gobernar su casa»*. Y aquí voy a explicarles un principio que es muy singular.

Imaginemos que somos invitados para construir un camión, junto a otros ingenieros. Piensen con una mente de creador. Dios es el Creador; él construyó a Adán y a Eva. Entonces, en la construcción de un camión, ¿cuáles serían las primeras preguntas que ellos harían? *«¿Para qué es el camión? ¿Será para carga pesada o carga liviana? ¿Transitará solo en la ciudad o fuera de ella? ¿Va a maniobrar en lugares estrechos o en lugares amplios?»*.

Función y estructura

Ahora, pongan atención. La función determina la estructura. Todo creador tiene eso en mente. Si ese camión fuese para carga pesada, su eje tendría que ser mayor, del mismo modo sus neumáticos; porque la función determina la estructura.

Miren lo que la ciencia descubrió en relación al hombre y la mujer. Esto es científico. La ciencia de la oftalmología dice que la visión del hombre tiene un ángulo visual estrecho y largo. El hombre no tiene visión lateral; solo consigue mirar al frente. Por eso, hermana, si usted le pide a su esposo o a su hijo ir a buscar un objeto allá, al segundo cajón del lado izquierdo, él abre el cajón... y no encuentra nada.

¿Ha experimentado eso? No es que nosotros seamos limitados; simplemente, no logramos ver a los lados. Porque nuestra visión es central y hacia el frente. ¿Cuál es la función que nosotros ejercemos? El gobierno, el ser cabeza. La cabeza tiene que observar a dónde quiere llegar; tiene que mirar hacia adelante, para ver hacia dónde está llevando su casa.

Ahora, veamos cómo es la visión de la mujer. La ciencia dice que la mujer observa en ángulo corto y abierto. Entonces, ella ve todas las cosas

que son inmediatas. Por eso, la mujer logra realizar cinco tareas al mismo tiempo. ¿Por qué la mujer ve de esta forma? Porque su papel es el de auxiliar; ella tiene que ver todo lo que es más cercano.

Aprender a sumar

Ahora, sumemos las dos visiones. Si un hombre se queda observando allá al frente, solo con su propia visión, tropezará en las piedras que están más cerca en su camino. Pero, si nos quedamos solo con la visión de la mujer, y comenzamos a ver la vida de esta manera, perdemos el rumbo al cual tenemos que ir. Por eso, dependemos de las dos visiones para hallar el camino del Señor.

Algunos años atrás, me reuní con un grupo de hombres para estudiar la Biblia. Estudiamos durante dos años. Cuando llegamos al asunto de la educación de los hijos, después del primer estudio, los hombres quedaron muy abatidos, porque las mujeres les alertaron sobre los peligros de los hijos, y ellos no les habían prestado atención, porque insistían en mirar hacia el frente.

Entonces, necesitamos aprender a sumar la visión. Este versículo de Génesis 2 pone a los hombres en el lugar en que ellos requieren estar. Nosotros necesitamos de alguien que nos complemente. Solos, no

conseguimos entender la voz del Señor.

Cito un ejemplo. En Génesis capítulo 16, un matrimonio tiene problemas. Abram y Sarai. En hebreo, Sarai significa conflictiva. Después de muchos años, ella no tenía hijos. Desesperada, Sarai dijo a su esposo: «Toma a Agar, acuéstate con ella y ten un hijo; Agar será la madre biológica y yo seré la madre del cora-

Allí, Sara, una mujer transformada, vive una nueva crisis. Ismael se burlaba de su hijo, y Sara, como toda madre, se ofendió. Entonces, ella habló a su marido de forma discreta: «Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo».

Abraham consultó al Señor. «Entonces dijo Dios a Abraham: No te parezca grave a causa del muchacho y

Tenemos que lanzar luz diaria en nuestro matrimonio; si no, las tinieblas entran, y acontece lo que ocurrió en Génesis.

zón». Ella resolvió el problema que estaban viviendo... y creó un problema para todos nosotros, con Ismael, el padre de los árabes, que es el conflicto que el mundo vive hasta hoy.

Sin embargo, en Génesis 21, Dios ya había cambiado el nombre de Abram a Abraham, y de Sarai a Sara. Sara significa princesa. ¿Cuál es la principal característica de una princesa? Hermanas, aprendan esto, porque ustedes necesitan ser hijas de Sara (1ª Ped. 3). La principal característica de una princesa es la discreción. Ella se pone detrás del esposo, y le susurra al oído lo que es necesario que él sepa. Ella auxilia al marido, pero lo hace con discreción.

de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Isaac te será llamada descendencia» (Gén. 21:10, 12).

En aquel momento, ¿quién tenía la voz de Dios? Sara. La mujer también recibe la voz de Dios en el matrimonio. Sin embargo, es responsabilidad del hombre discernir si aquello es o no es de Dios. Es muy triste cuando un matrimonio no sabe dialogar y sumar las opiniones.

Oyendo a Dios

Entonces, presten atención. Hoy, ¿cómo un matrimonio conversa con eso en mente? Nosotros no estamos tras la opinión de la mujer, ni la opi-

nión del hombre, sino tras la opinión de Dios, venga por boca del hombre o por boca de la mujer. Necesitamos sumar nuestros papeles, cesar de discutir, y aprender a considerar si lo que el otro está diciendo concuerda con las Escrituras. No es una mera cuestión de gobierno del hombre y de sujeción de la mujer, sino que necesitamos de la visión del hombre y de la mujer para entender lo que hemos de hacer en la vida.

Les contaré una historia triste, tal vez una de las más tristes que yo viví. A mí me agrada mucho relacionarme con las personas; pero mi esposa es mucho más coherente que yo. Teníamos un matrimonio amigo, a los cuales les gustaba cocinar, y nos llamaban a menudo para comer. Nosotros íbamos, hasta que, un día, mi esposa me dijo: «César, no sé por qué, pero estoy intranquila con esta amistad».

La primera vez que ella me habló, no le di mayor importancia al asunto. Pero ella me lo volvió a decir. Y yo comencé a argumentar: «Tú eres mala para relacionarte; no te gusta relacionarte. No es posible, si solo vamos allá a comer». Mi esposa se calló, y empezó a orar. Después de algunas semanas, aquella hermana me confidenció que se estaba enamorando de mí. Y eso no es lo peor. Yo trabajaba mucho en ese periodo.

La hermana me contó aquello, y me dijo que a ella le gustaría hablar con mi esposa. Yo estaba tan cansado de mi trabajo, que le respondí: «Está bien».

Ella abrió su corazón con mi esposa, y yo creé un problema grave en mi casa. Nunca tuve ningún pensamiento con esa mujer, pero caí en una situación gravísima, porque no me detuve para orar por aquello que mi auxiliadora me estaba advirtiendo. Hoy, cada vez que tenemos opiniones diferentes, yo, el hombre, que represento al sacerdote, tomo la mano de ella, y oro por aquel asunto, porque no estoy interesado en la opinión de ella, ni aun en mi propia opinión, sino en lo que Dios nos está hablando.

¡Cuán grave es cuando un matrimonio no sabe dialogar! Cuando no hay conversación, ellos pierden el vigor emocional, se distancian uno del otro y evitan conversar, porque siempre se producen conflictos. Pero, entretanto, necesitamos entender que dependemos cada uno de la voz del otro, para discernir la voz de Dios.

La voz de Dios es muy clara, pero nosotros tenemos dificultad para oír. Por eso, en el matrimonio, necesitamos de cuatro oídos: dos del hombre y dos de la mujer. El problema no está en Dios; él habla todo el

tiempo, y con sencillez. El problema está en nosotros. Nosotros tenemos dificultades para oír la voz de Dios; nos distraemos con mucha facilidad. Por eso, necesitamos de la otra persona que nos ayude a discernir la voz de Dios.

Mirarse a los ojos

«Dijo entonces Adán: *Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada*» (Gén. 2:23). Dios hace que Adán dé un nombre para los dos. ¿Cuál es el nombre que Adán dio para él y para Eva? Varón y Varona. La Biblia es hermosa; ella acaba de hablarnos de la auxiliadora. Indirectamente, nos muestra que es el hombre quien gobierna.

¿Saben lo que significan las expresiones Varón y Varona en hebreo? «Aquel que mira a los ojos». Un matrimonio tiene que aprender a mirarse a los ojos, hablar la verdad, emitir sus opiniones, mostrar cómo están entendiendo las cosas de parte de Dios. Si hay una cosa que los matrimonios hacen poco hoy, es ser Varón y Varona, es mirar a los ojos del otro, con proximidad, con un corazón limpio y verdadero, diciéndole aquello que está aconteciendo.

Si usted quiere salvar a sus hijos, necesita poner en práctica lo que

hoy ha oído, usted necesita buscar un complemento en su compañero o compañera. Necesita sentarse con él, mirarle a los ojos y conversar sobre las cosas que están ocurriendo dentro del hogar. Todo esto es muy serio, y esta es la base de todo.

Conversar: un arte

Yo fui muy deficiente en todo aquello que ahora estoy enseñando. En cierta ocasión, cuando tenía unos diez años de matrimonio, yo estaba conversando con mi esposa. Ella estaba sentada a la mesa, y yo le respondí de forma airada. Entonces ella me dijo calmadamente: «César, ni siquiera has esperado que yo terminara la frase».

En aquel momento, el Espíritu Santo grabó esa escena en mi mente. Después, durante meses, conversé con mi esposa, siempre diciéndome a mí mismo: «Quédate tranquilo, aprende a escuchar». Y ese fue el primer paso que di para aprender a oír la voz de Dios a través de mi esposa.

Necesitamos con urgencia aprender el arte de la conversación. ¿Qué es lo que generalmente acontece en un matrimonio? El hombre se calla, se distancia, y la mujer empieza a desesperarse. Como ella tiene una visión inmediata, ve muchos problemas dentro de la casa, que el hom-

bre no capta, porque la visión de él está allá en el frente. Solo que, como él está distante, cuando la mujer comienza a hablarle, él piensa que ella está creando problemas, viendo algo que no existe.

Entonces la mujer se queda quieta durante un tiempo, y después, ella habla de nuevo. Pero el hombre no oye, hasta que, después de uno o dos meses, ella explota. ¿Es más o menos así? Yerra el hombre y también yerra la mujer. El varón necesita tener el coraje de llamar a su esposa para conversar sobre las cosas. No hay diálogo si un hombre no sabe oír.

Hablando lo necesario

«Y dijo Dios: *Sea la luz; y fue la luz*» (Gén. 1:3). Dios crea en seis días todo lo que existe, por medio de la palabra. En Génesis 2, Adán habla. Como si hubiese un ‘desorden’ en la creación –si es que se puede decir que en lo creado por Dios hay desorden–, ningún animal tenía nombre.

«*Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre*» (Gén. 2:19).

En Génesis 1, Dios habla; en Génesis 2, Adán habla. Sin embargo, en Génesis 3, Adán guardó silencio. Él estaba cerca de Eva cuando la serpiente conversaba con la mujer, pero él se quedó quieto. Y, cuando el hombre calló, las tinieblas invadieron su hogar.

Si usted no se posiciona en su rol, las tinieblas invadirán su hogar. Y no es cuestión de hablar mucho, pues los seres humanos no necesitan hablar demasiado. El Señor Jesús vivió 33 años, y nosotros leemos los cuatro evangelios en diez horas.

No es cuestión de hablar mucho, sino de decir lo que es necesario. Y, si la mujer habla mucho, el hombre callará, porque ya hay alguien que está hablando.

Científicamente, la mujer habla cerca de 15.600 palabras por día; el hombre habla un poco más de 7.500 palabras. ¿Por qué la mujer habla más del doble? Porque ella observa los detalles. Hay muchas cosas que ella está viendo. Esa es su función. Por eso, la mujer se desespera cuando está observando muchas cosas. Y se desespera, porque ella tiene cincuenta informaciones en su mente.

En un determinado momento, el matrimonio necesita de diez informaciones. El hombre tiene cinco,

¡pero la mujer tiene cincuenta! A medida que él conversa, su mujer coloca todo lo que ella está viendo; él filtra aquello y toma las otras cinco informaciones que faltan.

Y, ¿qué es lo que hace la mujer con las otras cuarenta y cinco? Ella queda en paz, porque solo aquellas cinco son necesarias en aquel momento. Después de tantos años oyendo a las mujeres, sé exactamente lo que acontece.

El secreto está en cómo ambos se mirarán a los ojos y conversarán juntos. Todos los matrimonios están expuestos a que las tinieblas entren. Tenemos que lanzar luz diaria en nuestro matrimonio; porque si no, las tinieblas entran, y acontece lo que ocurrió en Génesis.

Razón del fracaso

«Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales» (Gén. 3:7). Cuando no logramos conversar, comenzamos a esconder la verdad. Por eso es que matrimonios antiguos se separan.

Tiempo atrás, conocí a un matrimonio que se separó tras 51 años de casados. Estas tragedias ocurren, y pueden acontecer con cualquiera de nosotros, porque dejamos de mirar-

nos a los ojos, dejamos de conversar, y nos distanciamos. Comenzamos a esconder nuestra verdad. Cuando las mujeres manifiestan que no están bien, ellas pueden ya estar deprimidas, y abrigando pensamientos de separación.

Una vez fui a un campamento de mujeres, con más de quinientas asistentes. Una hermana, predicando, preguntó: «¿Cuántas de ustedes han tenido pensamientos de separación?». Una media docena levantó la mano. Luego, preguntó: «¿Cuántas hermanas aquí han tenido pensamientos de viudez?». Todas levantaron la mano.

La muerte resuelve muchas cosas. Cuando el matrimonio no está bien, la mujer es tomada por pensamientos extraños. ¡Qué triste es eso!

Expresando el amor

Algunos hombres se escapan a la televisión, a la pornografía; huyen a otras cosas de la vida. Todo eso solo refleja nuestro distanciamiento.

No es natural un matrimonio en el cual los esposos se sientan juntos solo en la reunión; no es natural no tomarnos de la mano en el día a día. Lo natural en el pueblo de Dios debería ser expresarnos el amor en todo tiempo; debería haber un diálogo permanente, una oración dia-

ria; el matrimonio orando todos los días, por sus cosas, revisando sus razones delante de Dios.

Eso debería ser lo natural; pero nosotros comenzamos a esconder nuestras verdades, dejamos de decir a nuestro compañero o compañera lo que pensamos.

Hay hombres que pasan mucho tiempo sin tener intimidad conyugal, y no tienen la valentía de revisar esta situación con sus esposas. No tienen coraje de orar con ellas. Amados, eso no es iglesia. La iglesia comienza en el hogar.

Es importante que oremos en la asamblea, pero es mucho más valioso ejercitarnos en casa. Nosotros perdemos eso, porque no sabemos tener un gobierno conjunto. Somos la cabeza, la mujer se debe someter; y resumimos todo en eso. Y eso está errado. Sí, somos la cabeza; sí, la mujer se va a someter. Pero necesitamos expresar la gloria de Cristo; necesitamos mostrar cuánto Cristo visita a la novia. Necesitamos visitar a nuestras esposas todos los días, trayendo la Palabra al corazón de ellas. El Señor nos dé gracia. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en mayo de 2015.

Evangelizar al vecino

Fritz, un agricultor cristiano, fue muy temprano a su campo y se llevó una sorpresa cuando vio a su vecino robándole parte de su cosecha. Aquel vecino tenía fama de ser una persona deshonesto y violento.

Fritz decidió no defender su bien y dejar este problema en las manos de Dios. Regresó a su casa orando por su vecino y pidió a Dios que lo librara de todo pensamiento de venganza. Poco tiempo después, un amigo que había tenido una muy buena cosecha, llevó al granero de Fritz el doble de lo que éste había perdido, y todo gratuitamente.

Algunas semanas más tarde tuvieron lugar unas reuniones de evangelización en el pueblo, y para gran sorpresa de todos, aquel vecino, invitado por Fritz, fue a una de ellas. Esa noche, el predicador habló de Jacob, el ladrón y engañador que Dios trataba de llevar al arrepentimiento. De repente, el orador, guiado por el Espíritu, exclamó: «¡Hay un Jacob en la sala! Jacob, ¿dónde estás?».

Aquel vecino se levantó bruscamente y respondió: «¡Aquí estoy!». ¡Se llamaba Jacob! Conmocionado y convencido de su pecado ante Dios, depositó su confianza en Jesús su Salvador y pasó a ser realmente un hombre nuevo, para gran alegría de Fritz.

© *La Buena Semilla*

TEMA DE PORTADA

La primera está concluida,
la segunda nos ocupará toda la vida.

Obra objetiva y obra subjetiva de Dios



Rubén Chacón

La obra de Dios tiene dos pilares: una obra objetiva y una obra subjetiva. Todos sabemos, por la palabra del Señor, que Dios ya ha realizado su obra en la persona de Cristo Jesús. Lo que Dios tenía por hacer, ya ha sido hecho en su Hijo Jesucristo.

En Cristo y con Cristo

En el Nuevo Testamento, nos encontramos siempre con las frases: «*En Cristo ... con Cristo ... por medio de Cristo ... juntamente con Cristo*». Ellas hacen referencia a que Dios ya realizó una obra en su Hijo Jesús. No solo la obra de la redención, como cuando él dijo en la cruz: «*Consumado es*», sino que todo el propósito de Dios ha sido completado en su bendito Hijo.

Esa obra de Dios que ya ha ocurrido en Cristo, es una obra perfecta, completa, definitiva y, por lo tanto, una obra eterna. ¡Gloria a Dios! Por eso el Hijo se ha sentado a la diestra de Dios, diciéndole: «*Padre ... he acabado la obra que me diste que hiciese*». Así que, ante nuestros ojos, la obra de Dios, contemplada en Cristo Jesús, está perfectamente acabada.

Esa obra que ocurrió en Cristo es lo que llamamos la obra *objetiva* de Dios. Es *objetiva*, porque ella ocurrió en Cristo; no en nosotros, sino fuera de nosotros. La palabra *subjetiva* viene de sujeto; nosotros somos *sujetos*.

Fuera de nosotros

La obra *objetiva* de Dios no solo ocurrió fuera de nosotros, sino que ocurrió en Cristo, hace unos dos mil años atrás, cuando nosotros ni siquiera habíamos nacido.

La obra de Dios, realizada en Cristo, perfecta, completa, definitiva, eterna, absoluta, nos incluyó a todos nosotros. En esa obra *objetiva* de Dios, tú y yo estábamos incluidos. Es una obra *inclusiva*. No solo nos incluyó a nosotros, que aún no habíamos nacido, sino a todos los seres humanos, desde Adán hasta el último que haya de nacer. ¡Alabado sea el Señor!

Entonces, si vamos, por ejemplo, a la carta de Pablo a los Efesios, en el capítulo 2, luego de escribir, en los primeros tres versículos, cuál era nuestra condición cuando estábamos sin Cristo, diciendo que «*éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás*» (Ef. 2:3), a pesar de que estábamos en una condición de perpetua perdición, nos dice: «*Pero Dios, que es rico en mi-*

sericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo» (v. 4-5).

Juntamente

¿Cuándo nos dio vida Dios? Uno podría decir: «Bueno, el día que recibí a Cristo». Pero Pablo no está diciendo eso. No. ¿Cuándo Dios nos dio vida? La palabra clave ahí es «*juntamente*». Nos dio vida juntamente con Cristo. O sea, cuando le dio vida a su Hijo, juntamente con él, nos dio vida a nosotros.

Esta es la obra *objetiva* de Dios, la obra que fue realizada en Cristo, y que nos incluyó a todos nosotros. La obra de Dios *objetiva*, realizada en Cristo, incluye a todos los hombres, al punto que aquí dice, que, cuando Dios le dio vida a su Hijo, en la resurrección, nos dio vida juntamente con él a todos. Así que, desde el punto de vista *objetivo*, si alguien te pregunta cuándo Dios te dio vida, la respuesta es: «Cuando le dio vida a su Hijo, en ese momento Dios nos dio vida juntamente con él».

Pero no solo eso. Versículo 6: Otra vez la palabra «*juntamente*». «*Y juntamente con él nos resucitó*». «*Fuimos*» resucitados; no dice: «*sere-*mos» resucitados. ¿Cuándo fuimos resucitados? Juntamente con Cristo. O sea, otra vez podemos decir que,

cuando Cristo Jesús fue resucitado, todos los que estamos unidos a Cristo fuimos resucitados juntamente con él.

Ahora, notemos el contraste, porque, en nuestra experiencia, nosotros aún no hemos muerto. No obstante, la Escritura dice que ya estamos resucitados. ¿Quién murió? Cristo. ¿A quién le fue dada vida, en la resurrección? A Cristo. ¿Quién fue resucitado? Cristo. Pero, en él, también todos nosotros. Recuerden: *«En Cristo... con Cristo... por medio de Cristo... juntamente con Cristo»*. Son frases que aluden a la obra objetiva de Dios, realizada en Cristo, completada por él de manera gloriosa, perfecta, y eterna, en la cual estamos incluidos todos los que estamos unidos a él por la fe.

Y no solo eso, no solo el versículo 6; no solo juntamente con él nos resucitó, sino: *«Y asimismo nos hizo sentar (noten los verbos en pasado) en los lugares celestiales con Cristo Jesús»*. ¡Aleluya! No solo estamos resucitados, sino también sentados en los lugares celestiales. ¿Por qué? Porque Cristo está sentado en los lugares celestiales.

Notemos el contraste. Si tú me dices: «Hermano, tú estás muy equivocado; nosotros estamos aquí sobre la tierra». Pero Pablo dice que

estamos sentados juntamente con Cristo en los lugares celestiales, y a eso nos referimos cuando hablamos de la obra objetiva de Dios. El Padre ha descansado, su corazón tiene contentamiento eterno, porque su bendito Hijo ha hecho la voluntad del Padre. ¡Gloria al Señor!

Obra subjetiva

Y entonces, el segundo aspecto es la obra subjetiva de Dios. Dios no se quedó solo con ese primer aspecto; porque ahora él quiere que esa obra, que está realizada en Cristo, baje a nosotros. No solo que estemos incluidos en Cristo, sino que ahora esa obra esté reproducida en nosotros; que nosotros podamos participar de ella en una manera experimental.

Frente a la obra objetiva de Dios, en la cual estamos incluidos, nosotros solo tenemos que responder con fe. La única pregunta es: ¿Crees que has sido resucitado con Cristo? ¿Crees que estás sentado con Cristo en los lugares celestiales? Y la única respuesta nuestra a esa gran obra de Dios es: ¡Amén, yo creo! Pero Dios quiere más que eso. Él quiere que podamos participar de esa obra en forma experimental. No solo una respuesta de fe, sino también gustar de esa obra, saborearla; tener algún grado de participación en ella, de manera experimental.

Aquí aparece el otro aspecto, la obra subjetiva de Dios. Lo que Dios quiere hacer ahora es también traer esa obra dentro de nosotros. El protagonista principal en su obra objetiva es nuestro Señor Jesús. Y ahora, el protagonista de la obra subjetiva, ya no solo «*en Cristo*», sino «*en nosotros*», es el bendito Espíritu Santo. Él incorporará la realidad de Cristo y de su obra en nosotros. Por eso, después que el Señor ascendió y se sentó en los lugares celestiales, él envió el otro Consolador.

Espíritu fiel

Como lo prometiera el Señor, el Espíritu Santo vino a morar en nosotros para siempre. El Espíritu Santo, fiel a la comisión del Padre y del Hijo, ha morado en la iglesia durante estos dos mil años de historia, y estará con nosotros para siempre. Él es quien trae la obra subjetiva de Dios, para que no solo estemos resucitados en Cristo, sino que ahora, efectivamente, esa resurrección se produzca en nosotros.

Entonces, ahora, en el aspecto subjetivo, te pregunto: ¿Cuándo Dios te dio vida a ti? Ahora, la respuesta es: «La vida de Dios me fue impartida el día que yo creí en el Señor Jesucristo». ¿Cuándo fuimos resucitados espiritualmente? El día en que la vida nos fue impartida.

Sin embargo, hablando de la resurrección de nuestros cuerpo, esa aún no ha ocurrido en el aspecto subjetivo. En Cristo, ya ocurrió; pero no aún en nuestra experiencia. Y el Espíritu Santo, entre las muchas cosas que él hace, también, el día de mañana, vivificará nuestros cuerpos mortales. Él ha venido a morar en nosotros, para traernos ahora la realidad de la obra perfecta y eterna de Cristo, que estaba fuera de nosotros, para que la experimentemos, crezcamos en ella, y esa obra sea desarrollada en todos nosotros.

¡Qué privilegio, hermanos! El Padre podría habernos dicho: «Confórtese con que están incluidos en Cristo. Contemplan y crean esto por la fe». Pero él ha querido también hacernos partícipes de esa obra objetiva, haciéndola subjetiva, por medio del Espíritu Santo. Así que podemos creerla, y también podemos vivirla, gustarla, experimentarla. ¡Bendito es el Señor!

El nexo

Ahora bien, ¿cuál es el nexo entre estas dos cosas, entre la verdad objetiva y la verdad subjetiva? Aquí mismo, en Efesios, noten ustedes lo siguiente. Esta epístola tiene seis capítulos, y puede ser dividida en dos secciones de tres capítulos cada una. En la primera parte, los tres

primeros capítulos de Efesios, encontraremos, fundamentalmente, la obra objetiva de Dios, realizada en Cristo, que partió antes de la fundación del mundo, cuando fuimos elegidos y fuimos predestinados.

Pero, a partir del capítulo 4, y esto se nota muy claramente por los verbos que se comienzan a usar, fíjense cómo el apóstol Pablo comienza el versículo 4:1 de Efesios. «Yo, pues,

pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles» (4:17). «*Y andad en amor»* (5:2). «*Andad como hijos de luz»* (5:8). «*Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios»* (5:15). El verbo *andar* tiene relación con la vida práctica.

Revelación y práctica

Los tres primeros capítulos son de revelación; los tres restantes aluden

El protagonista principal en su obra objetiva es el Señor Jesús. El protagonista de la obra subjetiva, 'en nosotros', es el bendito Espíritu Santo.

preso en el Señor, os ruego que andéis...». Él empieza a usar ese verbo, que casi no usa en la primera parte, salvo una sola vez, pero apuntando a lo que dirá a partir del capítulo 4 en adelante.

En esta segunda sección empieza a repetirse varias veces el verbo *andar*, que apunta a la vida, a la conducta, al comportamiento. En otras palabras, Pablo nos dice: «Os ruego que os conduzcáis, de esta manera».

El verbo *andar* aparece a lo menos cinco veces: «*Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados»* (4:1). «*Esto,*

a la vida práctica. Es notable que las veintiuna cartas del Nuevo Testamento están bajo este modelo. Primero, muestran la obra objetiva de Dios en Cristo, unas más detalladas que otras, pero todas siguen este principio. Primero, lo que Dios hizo en Cristo; pero siempre, en la segunda parte, tratan con la exhortación práctica.

Esto tiene sabiduría. No es casualidad que haya que partir siempre por la obra objetiva de Dios. ¿Por qué? ¿Se imagina usted que las epístolas contuvieran solo mandamientos? ¿Se imaginan que Pablo, por ir direc-

to al grano, hubiese escrito Efesios solo con instrucciones de cómo tenemos que ser y cómo tenemos que vivir? ¿Qué pasaría si las epístolas contuvieran solo demandas? Si ellas contuvieran solo instrucciones, no habría ninguna diferencia entre el viejo y el nuevo pacto.

La gracia del Nuevo Pacto es que Dios realizó su obra en la persona de su Hijo. Y nosotros, primero, por medio de la fe, tenemos que detenernos en esa obra. Usted no tiene que hacer nada que no haya sido hecho primero por Cristo.

La única vez que aparece el verbo *andar* en la primera parte, en Efesios 2:10, dice: «*Porque somos hechura suya*». Otras versiones dicen: «Nosotros somos su obra maestra». «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*». Las obras que tenemos que realizar nosotros, ya fueron preparadas de antemano, por nuestro Señor Jesucristo. A nosotros solo nos corresponde andar en ellas.

Necesariamente, todas las epístolas comienzan con la obra objetiva de Dios realizada en Cristo Jesús, para que nosotros entendamos que, todo lo que viene como la parte práctica, es solo la consecuencia, el fruto que

tiene que producir el conocer, por medio de la fe, la revelación de la obra objetiva de Dios.

Si la obra de Dios en Cristo se nos revela por el Espíritu Santo, y verdaderamente la creemos, esa obra, necesariamente, tiene que dar fruto en nosotros. Para eso vino el Espíritu Santo a morar en nosotros. ¿Cuál fruto? En el caso de Efesios, lo que dicen los tres últimos capítulos. Necesariamente, día a día, en forma progresiva, los frutos que vemos en Efesios 4, 5 y 6 tienen que empezar a manifestarse en nosotros, porque ese es el deseo de Dios.

Y es por eso que la parte práctica de las epístolas siempre está al final, para que sepamos que eso es solo consecuencia de lo primero. Siempre tenemos que partir por Cristo, por la obra de Dios realizada en Cristo, y tenemos que creerla con todo nuestro corazón. Y luego entender que esa obra tiene que producir un resultado en nuestra vida.

Creer y hacer

¿Cómo se resumen los capítulos 4 al 6? Muy fácil. Capítulo 4, la gracia de Dios tiene que producir un nuevo hombre, del cual Cristo es cabeza y nosotros su cuerpo – la iglesia, un nuevo hombre corporativo. Capítulo 5, el Señor quiere producir una nueva familia. Cuál es el rol de

los maridos, de las esposas y de los hijos en esta nueva familia. Capítulo 6, un nuevo pueblo. Aquí toca el aspecto laboral: amos y siervos. Y luego, ese pueblo, enfrentado afuera, en la sociedad y en el mundo, se levanta, vestido de la armadura de Dios, para estar firme contra las asechanzas del diablo.

Noten cómo, en todas las epístolas, está la parte revelacional, y la parte exhortatoria o práctica. Una cosa está en función de la otra. Recuerda, Dios no solo quiere que tú creas en Su obra, sino que él desea que, por el Espíritu Santo tú también lo vivas. ¿Qué es lo que tengo que creer? Usando Efesios como ejemplo, tengo que creer lo que dicen los capítulos 1 al 3. Pero, ¿qué es lo que tengo que hacer? Lo que aparece en los capítulos 4, 5 y 6.

Verdad versus experiencia

Por último, quiero referirme a un punto que considero fundamental, y en el que muchas veces somos confundidos. Satanás viene justamente para producir esa confusión. A veces tenemos el malentendido de hacer tanto énfasis en la experiencia, que eso nos hace dudar de la obra objetiva de Dios.

Un ejemplo bien práctico. Quiero destacar una pequeña frase en Isaías 53: «*Mas él herido fue por nuestras*

rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados». Si un hermano está enfermo, nosotros vamos a consolarlo, a orar por él, y le leemos Isaías 53, diciéndole: «Hermano, te traemos la buena noticia que, por Su llaga, tú fuiste sanado». Y el hermano nos dice: «¿Cómo puedo creerlo, si me siento enfermo?».

Este es un ejemplo fácil de entender, pero aplícalo a todas las otras cosas, a esa aparente contradicción. «¿Cómo puedo creer Isaías 53:5, si lo que estoy experimentando es una enfermedad?».

Al decir eso, lo que está diciendo el hermano es: «Hasta que no sea una experiencia en mí, no puedo creer que sea verdad lo que Dios hizo en Cristo». O sea, está supeditando la verdad objetiva de Dios, la verdad de la Palabra, a su experiencia.

Sin embargo, ese no es el orden. No es cierto que la palabra de Dios es verdad cuando es una verdad en mí. Porque la única manera en que nosotros podamos participar de esta obra objetiva de Dios, realizada en Cristo y la podamos experimentar en nosotros por medio del Espíritu Santo es, justamente al revés, creyendo en la palabra de Dios. La palabra de Dios es la verdad.

Cuando tú argumentas: «¿Cómo puedo creer que estoy muerto al pecado, cuando acabo de pecar?», más encima, viene Satanás y te dice: «¿Con que creías que estabas muerto? Y, qué acabas de hacer». «Acabo de pecar». «¿Ves que no estás muerto?». ¿Y qué haces tú? Dices: «Tienes toda la razón, Satanás», teniendo por falsa la palabra de Dios. El único que dice la verdad es Dios. Su palabra es verdad.

Firmes en la fe

Entonces, ¿cuál es la manera de ir participando en esta obra objetiva de Dios? ¿Qué es lo que espera el Señor de nosotros para que empecemos a experimentar Su verdad? Tenemos que creer que Su palabra es la verdad; permanecer en la fe, estar firmes en la fe, y no permitir que el diablo, con sus acusaciones y con sus mentiras, nos saque de la verdad de la palabra de Dios.

Tú no te sanarás nunca diciendo: «Hasta que no me sane, no puedo creer que estoy sanado en Cristo». La única manera en que podrías sanarte es diciendo: «Yo sé que estoy sano en Cristo, y creo a esa verdad, a pesar de mi experiencia». Lo que mueve al Espíritu de Dios a actuar poderosamente en nosotros es la fe. Si permaneces en la fe, entonces el Espíritu Santo de Dios tiene la posi-

bilidad de comenzar a actuar en tu vida.

Así, pues, hay algo que la iglesia jamás debe dejar de hacer, y es gloriarse en Cristo Jesús por lo que nos ha sido dado en él. La iglesia tiene que creerlo, tiene que proclamarlo; tiene que permanecer firme, tiene que cantarlo, tiene que orarlo, tiene que predicarlo y confesarlo cada día. La fe es el ambiente donde el Espíritu Santo puede moverse; donde no hay fe, el Espíritu Santo no tiene cómo actuar.

Basados en la Palabra

No supedites la verdad de Dios a tu experiencia; sino todo lo contrario, pon tu experiencia bajo la palabra de Dios. ¿Estamos muertos al pecado? Amén. ¿Eso lo dices basado en tu experiencia? No, sino basado en la palabra de Dios. Estamos muertos al pecado, porque, cuando Cristo murió, yo morí con él, y juntamente morimos al pecado.

¿Nos hemos apropiado de esta verdad con todo el corazón, de modo que, aunque vengan mil demonios a decirnos lo contrario, vamos a permanecer firmes? «Aunque pecho, estoy muerto al pecado». Vamos a creer eso con todo el corazón, y vamos a gloriarnos en ello. Vamos a apropiarnos de esta obra, por medio de la fe.

Que el Espíritu de Dios nos dé revelación, nos abra los ojos del entendimiento, para que estas sean verdades realmente impregnadas en nuestro espíritu, de tal manera que nada nos saque de ahí, porque es la única posibilidad en que el Espíritu Santo, en un ambiente de fe, pueda comenzar a hacer realidad lo que vemos en la obra de Cristo.

Cojeando

Un último detalle. La plenitud, en nosotros, en el aspecto subjetivo, no la alcanzaremos sino cuando el Señor Jesucristo regrese por segunda vez; así que, hasta ese día, todos nosotros cojaremos. Pienso que, de todas maneras, es glorioso que Dios lo haya hecho así, porque eso nos hace anhelar el retorno del Señor; porque, cuando él regrese, entonces traerá con él la plenitud de nuestra experiencia.

Reconocemos que nuestra experiencia subjetiva no es plena en nuestras vidas. Por eso, Pablo dice algo que parece una contradicción: «*Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos*» (Rom. 8:23). Pero justamente ahí está la clave. Lo que hoy día tenemos son las primicias, los primeros frutos; no tenemos la cosecha todavía.

Por eso, aunque tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, porque quisiéramos tener la plenitud de la vida de Cristo en nuestra propia vida. Pero alentémonos: estamos caminando hacia ella.

Anhelemos que el Señor regrese. Es una buena noticia que Cristo regresará. Es parte de la buena nueva, es parte del evangelio: él regresará, y completará esa plenitud en nosotros. Todo aquello que ya es plenitud en él, será completado como plenitud en nosotros, en su segunda venida. ¡Bendito sea el Señor! Caminemos haciendo este trabajo, viviendo ahora subjetivamente la verdad objetiva, sin olvidar que el protagonista de esa tarea es la persona del Espíritu Santo.

El Señor nos conceda gracia para entrar en esta obra subjetiva, y poder ver más y mejores frutos – una iglesia que manifieste de mejor manera la vida de Cristo. Es una gran necesidad nuestra, que tenemos que poner delante del Señor. Miremos al Padre, y miremos a la obra perfecta realizada en su Hijo, y que esa obra nos llene de fe, para que el Espíritu de Dios pueda moverse entre nosotros. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en julio de 2015.



Añadid a vuestra fe

Con diligencia pastoral, Pedro nos confirma y a la vez nos despierta con amonestación.

Gonzalo Sepúlveda



Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra: Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús".

— 2ª Pedro 1:1-2.

Experiencia y madurez

El primer capítulo de la segunda epístola de Pedro contiene una riqueza inmensa; son las palabras de un siervo que ha alcanzado una admirable medida de madurez. Tenemos un Pedro en los evangelios, claramente tenemos otro Pedro en el libro de Hechos; pero, mayor aun en gracia y estatura, en ésta, su última epístola.

Como corresponde a un auténtico espíritu pastoral, Pedro inicia su epístola no reprendiendo ni exhortando a sus lectores, sino recordándoles la gracia que les ha sido otorgada: «*a los que habéis alcanzado... una fe igualmente preciosa que la nuestra*». Ya en su primera carta se había referido a «*vuestra fe, mucho más preciosa que el oro*» (1ª Ped. 1:7). También, al referirse a la

«sangre preciosa de Cristo», le atribuye un valor extremadamente superior que al de aquellas «cosas corruptibles como oro y plata».

Luego hace un llamado a acercarse «a él (Cristo), *pedra viva... escogida y preciosa*» (1ª Ped. 2:4). Esta reiteración de la expresión «**preciosa**», es común en sus mensajes, y nos habla de la profunda valoración que tuvo de la Persona de nuestro Señor Jesucristo en los días de su carne, y durante toda su vida en sujeción al Espíritu Santo. Y, al decir que nuestra fe es igualmente preciosa que la de los primeros discípulos o apóstoles, está animando nuestros corazones; más aun, está elevándonos a su misma estatura en cuanto a la riqueza recibida por gracia.

Lo que tenemos

Luego, Pedro va más lejos, pues declara que «todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas», que «preciosas y grandísimas promesas nos han sido dadas para que lleguemos a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo...». En todas estas palabras, percibimos el corazón «pastoral» del apóstol. Él considera a la iglesia como una compañía de creyentes que no son habitantes comunes en este mundo.

No somos comunes, porque poseemos una revelación del Padre en nuestros corazones, esto es Cristo mismo en su persona y en su obra. Poseemos el bendito Espíritu Santo, que nos comunica la vida y realidad de las cosas celestiales. Tenemos un canto de adoración al Dios vivo y verdadero; tenemos una intercesión por quienes yacen en las tinieblas; y nos quema un fuego celestial, un mensaje de salvación que no podemos callar.

De lo objetivo a lo subjetivo

De esta manera, Pedro nos recuerda el aspecto objetivo de la obra de Dios. Aquello que ya fue hecho en Cristo a favor de nosotros. Ahora el apóstol va a pasar al lado subjetivo de nuestra preciosa fe, es decir, cómo podemos apropiarnos progresivamente de aquella riqueza en la vida cristiana práctica.

«*Vosotros también...*». Aquí está nuestra responsabilidad. El Señor ya ha cumplido fielmente su parte. Ahora, se nos exhorta a poner toda diligencia. A causa de todo lo anteriormente expuesto, hemos de añadir «a nuestra fe, virtud...» (2ª Ped. 1:5). La lista de siete hermosos caracteres que han de acompañar la fe que hemos recibido, será entonces responsabilidad individual de cada hijo de Dios.

Luego hay dos frases muy significativas: «*Si estas cosas están en vosotros*» (8), y «*pero el que no tiene estas cosas*» (9), lo cual muestra claramente nuestra posibilidad de estar viviendo hoy en uno de estos dos estados. Si estas cosas están, ciertamente el Señor estará agradado. Pero, bien lo sabe el Espíritu del Señor, ellas escasean en medio del pueblo del Señor. Tenemos fe, hemos creído en el Señor y admiramos su obra, pero, ¿son reales, en nosotros, la virtud, el dominio propio, la paciencia, la piedad y el amor?

Tres listas

Como bien sabemos, «la misma Biblia explica la Biblia». Hay al menos otros dos pasajes en el Nuevo Testamento que muestran listas semejantes a la que acabamos de considerar. En Gálatas 5:22 tenemos: «*el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza*». Y en 2ª Timoteo 1:6-7, Pablo nos dirá que: «*avivemos el fuego del don de Dios que está en nosotros*», y añade que Dios nos ha dado espíritu «*de poder, de amor y dominio propio*».

Junto al pasaje de 2ª Pedro que estamos considerando, vemos que estas tres listas coinciden, que Dios no nos está demandando algo que primero no nos haya dado, y que, nues-

tra única manera de añadir tales cosas a nuestra fe, será por medio del Espíritu Santo.

Ahora bien, solo un cristiano en comunión y dependencia del Espíritu Santo podrá mostrar estos frutos. No hay otra fuente para nosotros. En términos bien prácticos, vamos a considerar tres asuntos muy básicos que nos ayudarán a avivar ese «fuego del don de Dios».

Oración

Todos los hijos de Dios oramos. El problema es que nuestras oraciones no siempre llenan los requisitos mínimos para agradar al Señor.

Muchos cristianos relacionan oración con «necesidades». Entonces oramos con dedicación solo cuando hay una enfermedad o un determinado problema que enfrentar, y no nos damos cuenta cuando esa enfermedad o problema se transforman **en el foco** de nuestra oración.

Pasada la enfermedad, o resuelto el problema, la oración disminuye hasta terminar. Y el cristiano regresa a su sequedad habitual, a una vida «*ociosa y sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo*» (2ª Ped. 1:8).

¿Cuándo nuestras oraciones tendrán como único foco a la Persona de nuestro Señor? ¿No es él suficien-

temente digno de ser buscado y adorado?

Pedro tiene por justo despertarnos con amonestación (1:13), y de inmediato nos lleva a su experiencia en el monte. Esto es lo que él aprendió de su Maestro, y su relato es una especie de credencial de autoridad espiritual: «*Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo*» (1:18).

La razón de ser de esa cita en el monte, no fue para buscar poder como fin en sí mismo, ni para pedir por necesidades humanas específicas, por legítimas que éstas fuesen. El Señor mismo fue el centro, el foco de atención, de esa bendita experiencia.

¿Cuándo nuestras oraciones tendrán como único foco a la Persona de nuestro Señor?

¡Cuánto conocimiento de Dios le fue añadido allí! ¡Y cuánto temor reverente (piedad) quedó instalado en su corazón!

Experiencia en el monte

En la Biblia, hablar del monte es hablar de oración. Moisés estuvo cuarenta días en el monte de Dios en el desierto y, al descender, su rostro

brillaba (Éx. 34:29). Hageo exhortó al pueblo a «subir al monte», a buscar madera para reedificar la casa de Dios (Hag. 1:8).

Hoy, la casa de Dios no necesita cedro ni ciprés; necesita los frutos y el carácter del Espíritu Santo, la vida de Cristo manifestada en sus santos. ¡Cuán deforme se ve la casa de Dios cuando falta el amor, la paciencia, el dominio propio y la vida piadosa de sus miembros! Para mayor confirmación, Lucas 6:12 nos dice que nuestro Señor, «*en aquellos días fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios*».

Necesitamos subir de nivel en nuestras oraciones, salir de la superficialidad religiosa. Esas tediosas oraciones, llenas de frases aprendidas,

deben ser completamente desahuciadas, pues a nadie sirven. Dios no las acepta (Mateo 6:7), y nada obtenemos, sino una creciente frustración espiritual.

Falta «*experiencia del monte*» en el pueblo de Dios. Necesitamos ir a los pies del Señor y contemplarle, glorioso, alto y sublime, como él es.

Entonces nuestro corazón se llenará de su vida, y los frutos reales, de los cuales estamos hablando, se harán notorios.

Palabra

«¿No ardía nuestro corazón... mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?» (Luc. 24:32). Esta fue la experiencia de aquellos discípulos que caminaban tristes, camino a Emaús, aquella tarde. Cuando «se nos abren» las Escrituras, nuestro corazón se enciende, y no con cualquier fuego, sino con el firme fundamento de la palabra de Dios revelada en el corazón.

Que podamos hallar a Cristo en la palabra inspirada de Dios; que nuestro interés por conocerla no sea el mero interés de la curiosidad teológica, sino que podamos tocar el *rhema*, la Palabra que es espíritu y que es vida. ¿Cuán en serio tomamos la palabra de Dios? Hoy se nos demanda añadir lo que debe acompañar nuestra fe. ¿Atenderemos con diligencia esta exhortación del Espíritu Santo?

¿Cuántos mensajes llegan solo al oído y no se atesoran en el corazón? Somos una generación privilegiada en este punto. Hay mucha palabra verdadera de Dios en revistas y libros; la hay también en nuestros

días. Nuestro problema es el descuido, la negligencia en aplicarla. Y si en algún lugar «escasea la leche espiritual no adulterada», es tiempo de buscarla con oración, con un estudio responsable y persistente de las Sagradas Escrituras.

De lo contrario, nuestra fe estará solo basada en experiencias emocionales, en «cultos lindos», pero no en el *«precepto de Jehová»*, que *«es puro, que alumbró los ojos»* (Sal. 19:8). *«Vivifícame con tu palabra ... La suma de tu palabra es verdad ... Me regocijo en tu palabra ... Mi alma ha guardado tus testimonios, y los he amado en gran manera»* (Sal. 119:154, 160, 162, 167), son testimonios preciosos de los salmistas de otro tiempo.

¡Cuánto necesitamos este tipo de experiencias con la palabra de Dios! Solo así añadiremos a nuestra fe, virtud de Dios, conocimiento y amor de Dios. *«El que me ama»*, dijo el Señor, *«mi palabra guardará»* (Juan 14:23).

Comunión

La oración y la palabra cumplen una maravillosa función en cuanto al fruto del cristiano. Pero hay un elemento más que consideraremos hoy: la comunión. ¡Cómo añadimos paciencia, piedad, afecto fraternal y amor a nuestra realidad personal y de igle-

sia, cuando vivimos en verdadera comunión con los santos!

¡Qué simple! Oración, palabra y comunión. Pero con realidad. Estamos convencidos que la comunión espiritual en Cristo, por medio del Espíritu, es una experiencia que supera la mera amistad en la casa de Dios. (No negamos que existe una amistad como la que Abraham disfrutó con Dios y también aquella que el Señor menciona en Juan 15: 13-15, pero está en un plano de superior entendimiento; no nos confundamos con esto).

La amistad en base a afinidades naturales, siendo legítima y respetable, no alcanza para cumplir el propósito eterno de Dios, pues ésta solo puede practicarse con quienes nos parecen más agradables, pero excluye a quienes no nos resultan 'naturalmente' gratos.

El agrado del Padre

La comunión a la que hemos sido llamados por Dios, es con su Hijo (1ª Cor. 1:9). Es la comunión verdadera de 1ª Juan 1:3, con el Padre y con su Hijo Jesucristo, donde el Padre exalta al Hijo y el Hijo glorifica al Padre. Entonces, la verdadera comunión tiene como foco la gloria del Señor, el agrado del Padre, cuando camina-

mos en una misma dirección, juntos en pos del Señor, cuando sufrimos y cuando nos gozamos por lo mismo.

Sufrimos cuando la carne se levanta, contaminando la casa de Dios; nos gozamos cuando vemos a los pecadores venir a los pies del Salvador, cuando vemos la iglesia sujeta al Espíritu, peleando la buena batalla, glorificando a su Cabeza celestial. Esto nos alegra, esto es comunión. Cuando un hermano te confronta con la verdad, por dura que sea, pero con amor, eso es verdadera comunión.

Para añadir lo que falta a nuestra fe, no necesitamos una nueva revelación de algún secreto espiritual especialmente reservado, sino, simplemente, hacer correctamente aquello que ya sabemos, aquello que la «*naturaleza divina*», el Espíritu de realidad que nos mora, está continuamente testificando en nuestro interior.

Que podamos poner por obra esta preciosa enseñanza que el Señor nos envía a través de su siervo y apóstol Pedro, quien, como un santo hombre de Dios, nos ha hablado siendo inspirado por el Espíritu Santo (2ª Ped. 1:21).

Síntesis de una palabra impartida en Temuco (Chile), en julio de 2015.

LEGADO

Algunas de las obras del Espíritu Santo que aún no están cumplidas.

El poder del Espíritu Santo (3)



Charles Spurgeon



Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo".

— Rom. 15:13.

Anteriormente, hemos mencionado cuatro clases de obras que son los signos externos y manifiestos del poder del Espíritu: las obras de creación, las obras de resurrección, las obras de testimonio y las obras de gracia.

Luego, vimos el poder interior del Espíritu Santo sobre los corazones, sobre la voluntad y sobre la imaginación.

Esta es la última cosa, porque, después de todo, aunque el Espíritu Santo ha hecho tanto, no puede decir aún: «Consumado es».

Jesús pudo exclamar, en lo que concierne a su propia obra: «Consumado es»; pero el Espíritu Santo no puede decir eso, pues tiene todavía algo que hacer. Y hasta la consumación de todas las cosas, cuando el propio Hijo llegue a ser sujeto al Padre, el Espíritu Santo no dirá: «Consumado es». ¿Qué es lo que aún tiene que hacer el Espíritu Santo?

Perfeccionarnos en la santidad

Primero, tiene que perfeccionarnos en la santidad. Hay dos clases de perfección que un cristiano necesita: una es la perfección de la justificación en la persona de Jesús. Y la otra es la perfección de la santificación obrada en él por el Espíritu Santo.

Por el momento, la corrupción todavía descansa en los pechos de los regenerados. Actualmente el corazón es parcialmente impuro. Todavía tenemos lujurias e imaginaciones malvadas. Pero mi alma se regocija al saber que viene el día cuando Dios terminará el trabajo que ha iniciado y presentará mi alma, no solamente perfecta en Cristo, sino, perfecta en el Espíritu, sin mancha o defecto, o nada parecido.

¿Y es verdad que este pobre corazón depravado, llegará a ser tan santo como el de Dios? Y este pobre espíritu que a menudo exclama: «¡*Misera-ble de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*» (Rom. 7:24); este mismo pobre espíritu, ¿será libre del pecado y de la muerte? ¿Y ya no oíré cosas malas que perturben mis oídos, ni tendré pensamientos impuros que perturben mi paz? ¡Oh, feliz hora! ¡Que se apresure! Justo antes de que yo muera, se habrá terminado la santificación, pero hasta ese momento no puedo tener la perfección en mí mismo. Pero en aquel instante cuan-

do parta mi espíritu tendrá su último bautismo en el fuego del Espíritu Santo. Será puesto en el crisol para su última prueba en el horno.

Y entonces, libre de toda escoria y fino como una barra de oro puro, será presentado a los pies de Dios sin el mínimo grado de escoria o mezcla. ¡Oh, momento bendito! Pienso que deseo morir, aunque no hubiera un cielo, si tan solo pudiera tener esa última purificación y salir de la corriente del río Jordán totalmente limpio después de ser lavado. ¡Oh, ser lavado, y quedar blanco, limpio, puro, perfecto! Ni un ángel será más puro de lo que yo seré. ¡Sí! ¡Ni Dios mismo será más santo! Seré capaz de decir en un sentido doble, «¡Gran Dios, soy limpio: por medio de la sangre de Jesús soy limpio, y a través de la obra del Espíritu, también soy limpio!». ¿No debemos ensalzar el poder del Espíritu Santo que nos hace aptos para estar ante nuestro Padre en el cielo?

Traer la gloria del día postrero

Otra gran obra del Espíritu Santo que no está cumplida todavía es la de traer la gloria del último día. En unos cuantos años, no sé cuando, no sé cómo, el Espíritu Santo será derramado en una forma muy diferente que en el presente.

Hay diversidad de operaciones. Y durante los últimos años ha ocurrido

que las operaciones diversificadas han consistido en muy poco derramamiento del Espíritu. Los ministros siguen una rutina monótona, continuamente predicando, predicando, predicando y poco bien se ha hecho. Tengo la esperanza de que tal vez una nueva era haya amanecido sobre nosotros y que habrá un mayor derramamiento del Espíritu Santo ahora.

¡Porque llega la hora y puede ser justo ahora, cuando el Espíritu Santo será derramado otra vez de una manera tan maravillosa, que muchos correrán de un lado a otro y se incrementará el conocimiento! ¡El conocimiento del Señor cubrirá la tierra así como las aguas cubren la superficie de los grandes abismos!

Vendrá su reino y su voluntad será hecha en la tierra como lo es en el cielo. No estaremos esforzándonos para siempre como Faraón, sin las ruedas de su carruaje. Mi corazón se alegra y mis ojos brillan con el pensamiento de que muy probablemente viviré para ver cómo se vierte así el Espíritu cuando «los hijos y las hijas de Dios otra vez profetizarán y los jóvenes verán visiones y los ancianos soñarán sueños».

Tal vez no habrá dones milagrosos porque no serán requeridos. Pero sin embargo habrá tal cantidad milagrosa de santidad, tal extraordinario fervor de oración, tal real comunión con Dios y tanta religión vital y tanta di-

fusión de las doctrinas de la cruz, que todo el mundo verá que verdaderamente el Espíritu es derramado como agua y como las lluvias que descienden de arriba. Oremos y trabajemos continuamente por eso y busquemos lo de Dios.

La resurrección general

Otra obra adicional del Espíritu que manifestará su poder de una manera especial, será la resurrección general. Tenemos razón para creer por la Escritura que la resurrección de los muertos, aunque será efectuada por la voz de Dios y de su Palabra (el Hijo), también será efectuada por el Espíritu. Ese mismo poder que levantó a Jesucristo de entre los muertos, también vivificará los cuerpos mortales. El poder de la resurrección es tal vez una de las mejores pruebas de las obras del Espíritu.

¡Ah, mis amigos, si pudiéramos desprender el manto de esta tierra por un momento, si el verde césped pudiera cortarse y pudiéramos ver dos metros abajo en sus profundidades, qué mundo se revelaría! ¿Qué veríamos? Huesos, esqueletos, podredumbre, gusanos, corrupción. Y ustedes dirían: ¿Vivirán estos huesos secos? ¿Se pueden levantar?

«Sí, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, los muertos serán resucitados». Él habla, ¡están vivos! ¡Véanlos dispersos, pero

el hueso se junta con su hueso! ¡Véanlos desnudos, pero la carne los recubre nuevamente! Véanlos aún sin vida. «¡Ven de los cuatro vientos, oh, aliento y sopla sobre estos muertos!».

Cuando el viento del Espíritu Santo viene, ellos vivirán y estarán de pie como un gran ejército.

Una conclusión práctica

De esta forma he intentado hablarles del poder del Espíritu y confío que se los he podido mostrar. Ahora debemos dedicar un momento o dos para una conclusión práctica.

Cristiano, el Espíritu es muy poderoso. ¿Qué concluyes de ese hecho? Pues, que tú nunca debes desconfiar del poder de Dios para llevarte al cie-

Y además, si éste es el poder del Espíritu, ¿por qué habrían de dudar de Su poder? Ahí está tu hijo, ahí está tu esposa, por quienes has suplicado con tanta frecuencia: no dudes del poder del Espíritu. «*Aunque tardare, espéralo; porque sin duda vendrá, no tardará*» (Hab. 2:3). Ahí está tu esposo, santa mujer; tú has luchado por su alma y aunque es un ser tan endurecido y desesperado que te trata mal, hay poder en el Espíritu.

Oh ustedes, que han salido de iglesias desoladas, con muy escasas hojas en el árbol, no duden que el poder del Espíritu los levante. Porque será «*lugar donde descansen asnos monteses, y ganados hagan majada*» (Is. 32:14). Abierto, pero deshabitado hasta que el Espíritu se derrame desde arriba.

Viene el día cuando Dios terminará la obra que ha iniciado y presentará mi alma, no solo perfecta en Cristo, sino perfecta en el Espíritu.

lo. El poder del Espíritu Santo es tu baluarte y toda Su omnipotencia te defiende. Si pudieran conquistar tus enemigos a la omnipotencia, si pudieran luchar con la Deidad y arrojarla al suelo, entonces ellos podrían conquistarte. Pero eso no sucederá, porque el poder del Espíritu es nuestro poder, nuestra fortaleza.

Y entonces el suelo árido será convertido en un estanque y la sedienta tierra tendrá fuentes de agua. Entonces en las habitaciones de los dragones, en donde cada uno de ellos yace, habrá pasto con carrizos y juncos. Y ustedes, miembros de este templo, que recuerdan lo que Dios ha hecho especialmente para ustedes, no des-

confíen nunca del poder del Espíritu. Ustedes han visto el desierto florecer como el Carmelo. Ustedes han visto el desierto florecer como una rosa. Confíen en él para el futuro.

Salgan pues y laboren con esta convicción: el poder del Espíritu Santo es capaz de todo. Vayan a su escuela dominical, vayan a distribuir sus folletos, vayan a su empresa misionera, vayan a predicar en sus habitaciones con la convicción de que el poder del Espíritu es nuestra gran ayuda.

Y ahora, por último, a ustedes pecadores, ¿qué más tenemos que decirles acerca de este poder del Espíritu? Estoy convencido de que hay esperanza para algunos de ustedes. Yo no puedo salvarlos, yo no puedo conmovierlos; a veces puedo hacer que lloren, pero luego se secan sus ojos y todo termina, pero yo sé que mi Señor sí puede. Ese es mi consuelo.

Tú, que eres el primero de los pecadores, hay esperanza para ti; este poder te puede salvar como a cualquiera. Es capaz de romper tu cora-

zón aunque sea de hierro, puede hacer que de tus ojos broten las lágrimas aunque hayan sido como rocas anteriormente. Su poder es capaz hoy, si Él lo quisiera, de cambiar tu corazón, de modificar la corriente de tus ideas, de hacerte de inmediato un hijo de Dios, de justificarte en Cristo.

Hay poder suficiente en el Espíritu Santo. Él puede traer a los pecadores a Jesús. Él es capaz de hacerte querer, en el día de su poder. ¿Quieres hoy? ¿Ha ido él tan lejos como para hacer que desees a Jesús?

Entonces, oh pecador, mientras él te atrae, di: «Atráeme, soy infeliz sin ti». Síguelo, síguelo y a medida que él te conduzca, pisa sobre sus huellas y regocíjate de que él haya iniciado una buena obra en ti, porque hay una evidencia de que él continuará haciéndolo hasta el final. Y joh, tú que estás abatido!, pon tu confianza en el poder del Espíritu, descansa en la sangre de Jesús y tu alma será salva, no solo ahora, sino a través de toda la eternidad.

Condensado de
<http://www.spurgeon.com.mx/>

El ciego y el farol

Recuerdo haber oído de un hombre ciego que se sentaba al costado del camino con un farol a su lado. Cuando le preguntaban para qué tenía el farol si no podía ver la luz, dijo que era para que la gente no tropezara con él. Creo que mucha gente tropieza más por la inconsistencia de cristianos que profesan serlo, que por ninguna otra razón.

D.L. Moody, *El camino hacia Dios*.

LEGADO

Presentando nuestros cuerpos a la obra del Espíritu Santo, él traerá a nosotros la vida misma de Jesús.

El cuerpo, templo del Espíritu Santo



Andrew Murray

“

¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ... ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”.

— 1ª Cor. 6:15, 19-20.

La Biblia nos enseña que el cuerpo de Cristo es la reunión de los fieles. Estas palabras generalmente son tomadas en su sentido espiritual: pero, en este pasaje, la Biblia nos pregunta, explícitamente, si no sabemos que *nuestros cuerpos* son miembros de Cristo.

De la misma manera, cuando la Biblia habla de la habitación del Espíritu Santo o de Cristo, limitamos su presencia a la parte espiritual de nuestro ser, nuestra alma o nuestro corazón. Sin embargo, aquí dice expresamente: «*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo*».

Cuando la iglesia comprenda que el cuerpo también tiene una parte en la redención —la cual es por Cristo— por la cual él debe ser traído de vuel-

ta a su destino inicial, para ser el lugar de morada del Espíritu Santo, para servir como Su instrumento, para ser santificado por Su presencia, ella también reconocerá la posición que la sanidad divina tiene en la Biblia y en los consejos de Dios.

Espíritu, alma y cuerpo

La Biblia nos dice que el hombre consta de tres partes: espíritu, alma y cuerpo. Primero, Dios formó el cuerpo, del polvo de la tierra, y luego soplo en él aliento de vida. De esta forma, Dios llevó su propia vida, su Espíritu, a entrar en el hombre. Por esta unión del Espíritu con la materia, el hombre fue hecho un alma viviente.

El alma, que es esencialmente el hombre, halla su lugar entre el cuerpo y el espíritu; ella es el nexo que los une. Por medio del cuerpo, el alma se relaciona con el mundo exterior; por el espíritu, con el mundo invisible y con Dios. A través del alma, el espíritu puede sujetar el cuerpo a la acción de los poderes celestiales y, así, espiritualizarlo. A través del alma, el cuerpo también puede actuar sobre el espíritu, y atraerlo a las cosas terrenales.

El alma, sujeta tanto a las solicitudes del espíritu como del cuerpo, está en una posición de elección entre la voz de Dios, hablando por el espíritu, o la voz del mundo, hablando a través de los sentidos.

La unión del espíritu y el cuerpo es una combinación singular en la creación: ella hace del hombre la joya de la creación de Dios. Otras criaturas ya existían, algunas eran como ángeles, solo espíritus, sin cuerpo material, y otras eran como los animales, solo carne, poseyendo un cuerpo animado, con un alma viva, pero desprovistos de espíritu.

El hombre fue destinado a mostrar que el cuerpo material, gobernado por el espíritu, era capaz de ser transformado por el poder del Espíritu de Dios, y siendo así llevado a participar de la gloria celestial.

Sabemos lo que el pecado y Satanás han hecho con esta posibilidad de transformación gradual. Por intermedio del cuerpo, el espíritu fue tentado y se volvió esclavo de los sentidos. También conocemos lo que Dios hizo para destruir la obra de Satanás y cumplir el propósito de la creación. *«Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo»* (1ª Juan 3:8).

Dios preparó un cuerpo para su Hijo. *«Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo»* (Heb. 10:5). *«Y aquel Verbo fue hecho carne»* (Juan 1:14). *«Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad»* (Col. 2:9). *«...quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero»* (1ª Pedro 2:24).

Y ahora, Jesús, resucitado de entre los muertos, con un cuerpo tan libre de pecado, tanto como Su espíritu y Su alma, comunica a nuestro cuerpo la virtud de Su cuerpo glorificado. La cena del Señor es *«la comunión del cuerpo de Cristo»*, y nuestros cuerpos son *«miembros de Cristo»* (1ª Cor. 10:16; 6:15; 12:27).

Nuestra fe y la vida de Cristo

La fe nos pone en posesión de todo lo que la muerte de Cristo y su resurrección obtuvieron para nosotros. Y la vida de Cristo resucitado no solo manifiesta su presencia en nuestro espíritu y nuestra alma, sino que ella obra también en el cuerpo.

«¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros?». Muchos creyentes imaginan que el Espíritu Santo vino para morar en nuestro cuerpo así como nosotros habitamos en una casa. Pero no es así. Yo puedo habitar en una casa sin que ella se haga parte de mi ser. Puedo abandonarla, sin sufrimiento; no existe ninguna unión vital entre mi casa y yo.

No ocurre así con la presencia de alma y espíritu en nuestro cuerpo. La vida de una planta da vida y anima cada una de sus partes, y nuestra alma no está limitada a habitar en tal o cual parte del cuerpo, como, por ejemplo, en el corazón o en la cabeza, mas penetra a través de él, aun

hasta el extremo de los miembros más inferiores.

La vida del alma se difunde por todo el cuerpo; la vida, en todas las partes, comprueba la presencia del alma. Es de la misma forma que el Espíritu Santo vino para habitar en nuestro cuerpo. Él penetra su totalidad. Él nos anima y nos posee infinitamente, más allá de lo que podemos imaginar.

De la misma forma que el Espíritu Santo trae a nuestra alma y a nuestro espíritu la vida de Jesús, su santidad, su poder, él vino también para comunicar, al cuerpo, toda la vigorosa vitalidad de Cristo, cuando la mano de la fe está extendida para recibirla. Cuando el cuerpo está plenamente sujeto a Cristo, crucificado con él, habiendo renunciado a toda voluntad propia y a toda independencia, no deseando nada, sino ser el templo del Señor, ahí entonces el Espíritu Santo manifiesta en el cuerpo el poder del Salvador resucitado.

Solo entonces podemos glorificar a Dios en nuestro cuerpo, dejándolo en plena libertad, para que manifieste allí su poder, para mostrar que él sabe cómo establecer su templo, libre del dominio de todo mal, del pecado o de Satanás.

El cuerpo es para el Señor

«Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; pero tanto al uno como a las otras destruirá Dios.

Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo» (1ª Cor. 6:13). Un erudito dijo que la corporeidad es la meta de los caminos de Dios; es realmente lo que Dios proyectó al crear al hombre. Esto es lo que hace que los habitantes del cielo se maravillen

Es anticipando esta nueva condición de las cosas, que el Señor atribuye gran importancia a la habitación y santificación de nuestros cuerpos, aquí en la tierra, por su Espíritu. Esta verdad es tan poco entendida por los creyentes, que ellos no buscan el poder del Espíritu Santo en sus cuerpos.

La unión del espíritu y el cuerpo es una combinación singular en la creación: ella hace del hombre la joya de la creación de Dios.

y admiren cuando contemplan la gloria del Hijo.

Vestido con un cuerpo humano, Jesús tomó para siempre su lugar en el trono de Dios, para participar de su gloria. Esto es lo que Dios deseaba, y será reconocido en aquel día en que la humanidad regenerada, formando el cuerpo de Cristo, sea real y visiblemente el templo del Dios viviente (2ª Cor. 6:16), cuando toda la creación, en el nuevo cielo y la nueva tierra, comparta la gloria de los hijos de Dios.

El cuerpo material será, entonces, plenamente santificado, glorificado por el Espíritu; y este cuerpo, así espiritualizado, será la mayor gloria del Señor Jesucristo y de sus redimidos.

Muchos de ellos, también, creyendo que este cuerpo les pertenece, lo usan como bien les parece. Sin comprender cuánto depende del cuerpo la santificación del alma y del espíritu, ellos no alcanzan a percibir todo el significado de las palabras: «*El cuerpo es para el Señor*», como para recibir las en obediencia.

«*El cuerpo es para el Señor*». ¿Qué significa tal afirmación? El apóstol acaba de decir: «*Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; pero tanto al uno como a las otras destruirá Dios*». Comer y beber proporcionan al cristiano una oportunidad de cumplir esta verdad: «*El cuerpo es para el Señor*». Él debe, verdaderamente, aprender a comer y a beber para la gloria de Dios.

Fue a través del acto de comer que vinieron el pecado y la caída. Fue también a través de este hecho que el diablo trató de tentar a nuestro Señor. Así, Jesús mismo santificaba Su cuerpo, comiendo solo según la voluntad de su Padre (Mat. 4:4). Muchos creyentes fracasan en vigilar sus cuerpos, en observar una santa sobriedad en el temor de volverlo inadecuado para el servicio de Dios. El comer y el beber nunca deberían impedir la comunión con Dios; al contrario, su meta es facilitarla, manteniendo el cuerpo en su condición normal.

El apóstol también habla de la fornicación, este pecado que corrompe el cuerpo, y que está en oposición directa a las palabras: *«El cuerpo es para el Señor»*. El significado, aquí, no es simplemente libertinaje fuera del estado matrimonial, sino también, en este estado, toda voluptuosidad, toda falta de sobriedad de cualquier tipo, es condenada en estas palabras: *«Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo»*.

De la misma forma, todo lo que es hecho para mantener el cuerpo, para vestirlo, fortalecerlo, darle descanso en el sueño o proporcionarle entretenimiento, debe ser puesto bajo el control del Espíritu Santo. Así como en el antiguo pacto, donde el templo era construido exclusivamente para Dios y para su servicio, así también

nuestro cuerpo fue creado para el Señor, y solo para Él.

Uno de los principales beneficios de la sanidad divina será enseñarnos que nuestro cuerpo debe ser liberado del yugo de nuestra voluntad propia, para tornarse propiedad del Señor. Dios no concede sanidad en respuesta a nuestras oraciones, hasta que él haya alcanzado el fin por el cual ha permitido la enfermedad. Dios desea que esta disciplina pueda traernos a una comunión más íntima con él. Él nos señala que hemos considerado nuestro cuerpo como de nuestra propiedad, en circunstancias que le pertenece al Señor, y que el Espíritu Santo busca santificar todas sus acciones.

Dios nos lleva a entender que, si rendimos nuestro cuerpo sin reservas, a la influencia del Espíritu Santo, experimentaremos su poder en nosotros, y él nos curará, trayendo a nuestro cuerpo la vida misma de Jesús; en resumen, él nos lleva a decir con plena convicción: *«El cuerpo es para el Señor»*.

Existen creyentes que buscan la santidad, pero solo para el alma y para el espíritu. En su ignorancia, olvidan que el cuerpo, y todos sus sistemas nerviosos, las manos, los oídos, los ojos, la boca, son llamados para testificar directamente de la presencia y de la gracia de Dios en ellos. No han comprendido suficientemente estas

palabras: «*Vuestros cuerpos son miembros de Cristo ... Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne*—o «Si por el Espíritu mortificáis los hechos del cuerpo»—*viviréis*» (1ª Cor. 6:15; Rom. 8:13).

«*Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo*» (1ª Tes. 5:23). ¡Oh, qué renovación ocurre cuando, por su propio toque, el Señor cura nuestros cuerpos, cuando él toma posesión de ellos, y cuando, por su Espíritu, él se transforma en vida y salud para ellos!

Es con una indescriptible conciencia de santidad, de temor y de gozo, que el creyente puede ofrecer su cuerpo como un sacrificio vivo, para recibir la sanidad, y tener como su lema estas palabras: «*El cuerpo es para el Señor*».

El Señor es para el cuerpo

«*Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo*» (1ª Cor. 6:13).

En el relacionamiento de Dios con el hombre, hay reciprocidad. Aquello que Dios ha sido para mí, yo debo, en respuesta, ser para él. Y aquello que soy para él, él desea ser igualmente para mí. Si, en su amor, él se da completamente a mí, es para que

yo pueda darme a mí mismo, por amor, plenamente a él.

En la medida en que realmente entrego a él todo mi ser, en esta medida, también él se da a mí de forma más real. De esta forma, Dios conduce al creyente a comprender que este abandono de sí mismo abarca al cuerpo, y cuanto más nuestra vida da testimonio de que el cuerpo es para el Señor, más también experimentamos que el Señor es para el cuerpo.

Al decir: «*El cuerpo es para el Señor*», expresamos el deseo de considerar nuestro cuerpo como plenamente consagrado, ofrecido en sacrificio al Señor y santificado para Él. Al decir: «*El Señor es para el cuerpo*», expresamos la preciosa certeza de que nuestra ofrenda fue aceptada y de que, por su Espíritu, el Señor comunicará a nuestro cuerpo su propia fuerza y santidad, y que, de aquí en adelante, Él nos fortalecerá y nos guardará.

Esta es una cuestión de fe. Nuestro cuerpo es material, frágil, pecaminoso y mortal. Por tanto, es difícil comprender de una sola vez la plena extensión de las palabras: «*El Señor es para el cuerpo*». Es la palabra de Dios que nos explica la forma en que podemos asimilar tal información.

El cuerpo fue creado por el Señor y para el Señor. Jesús tomó sobre sí un cuerpo terrenal. En su cuerpo, él llevó nuestros pecados en la cruz, y allí

libertó nuestros cuerpos del poder del pecado. En Cristo, el cuerpo fue nuevamente elevado y asentado en el trono de Dios.

El cuerpo es la habitación del Espíritu Santo; él es llamado a la eterna asociación con la gloria del cielo. Por tanto, con certeza, y en un sentido amplio y universal, podemos decir: «Sí, el Señor Jesús, nuestro Salvador, es para el cuerpo».

Esto tiene diversas aplicaciones. En primer lugar, es de gran ayuda en la santidad práctica. Más de un pecado deriva su fuerza de alguna tendencia física. El bebedor convertido tiene horror a la intoxicación alcohólica. Sin embargo, si, en medio del conflicto, él entrega su cuerpo confiadamente al Señor, todo el apetito físico y todo el deseo de beber será vencido.

Nuestro temperamento también es, con frecuencia, el resultado de nuestra constitución física. Un sistema nervioso irritable produce palabras hirientes y sin amor. Mas, deja que tu cuerpo, con esta tendencia física, sea tomado por el Señor, y luego experimentarás que el Espíritu Santo puede mortificar las sublevaciones de la impaciencia y santificar el cuerpo.

Salud y energía física

Las palabras: «*El Señor es para el cuerpo*», son aplicables también a la energía física que nos demanda el servicio al Señor. Cuando David exclama: «*Dios es el que me ciñe de poder*», él quiere decir fuerza física, pues añade: «*Quien hace mis pies como de ciervas, y me hace estar firme sobre mis alturas; quien adiestra mis manos para la batalla, para entesar con mis brazos el arco de bronce*» (Sal. 18:33-34).

Muchos creyentes han experimentado que la promesa: «*Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas*» (Is. 40:31), toca al cuerpo, y que el Espíritu Santo aumenta la fuerza física. Sin embargo, es especialmente en la sanidad divina que vemos la verdad de estas palabras: «*El Señor es para el cuerpo*». Sí, el soberano y misericordioso Sanador está siempre pronto para salvar y sanar. Él, que tomó sobre sí mismo un cuerpo humano aquí en la tierra, y lo regeneró; del más alto cielo, donde él está ahora, con su cuerpo glorificado, nos envía su fuerza divina, deseando así manifestar su poder en nuestro cuerpo.

En À Maturidade
(Traducido del portugués).

Precaución

No puedes impedir que el diablo pase por tu calle, pero puedes impedir que se detenga en tu casa.

Hudson Taylor.

Epístola a los Filipenses

A.T. Pierson

Palabra clave: Ganancia**Versículos clave: 3:7, 14; 4:4.**

Esta es la evaluación del discípulo. Por un lado, Pablo pone todo lo que para él era ganancia, y lo que él consideraba como pérdida por causa de Cristo; y, al otro lado, todo lo que él ganó por la rendición, y lo que aun alcanzará, y entonces él se ve infinitamente más rico. Él olvida todo lo que dejó atrás, y prosigue en dirección al premio. "El vivir es Cristo, y el morir es ganancia".

La epístola fue escrita desde Roma a la colonia de Filipos (Hech. 16:12), más o menos en el año 63 d.C. Esta carta a la iglesia en Filipos, fundada por Pablo y ligada a Lidia y al carcelero, no corrige ningún error doctrinal o práctico; sin embargo, nos muestra las renunciaciones y las compensaciones de un discípulo, y cómo el saldo es de un infinito excedente a su favor.

Su nota clave es: *"Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!".* Cerca de veinte veces en la epístola, él usa las palabras: gozo, regocijo, paz, contentamiento. La Cruz es olvidada ante la corona que es anticipada aun en su experiencia terrenal.

La idea suprema de la epístola es la ganancia. Su celoso amor por los cristianos filipenses trajo ganancia para

Pablo, pues hizo que él noblemente se olvidara de sus cadenas. La supremacía de Cristo en su corazón trajo ganancia, pues lo ayuda a regocijarse siempre que Cristo es predicado, por quienquiera que sea, tornando toda abnegación en abundante alegría, transformando la vida de privación en privilegio, y la muerte en ganancia. Él se regocija en la ciudadanía celestial (3:20), y en tener la mente de Cristo. Pablo muestra cómo también existe ganancia en el constante progreso cristiano; y el blanco, la más alta ganancia, es la resurrección de entre los muertos.

Divisiones:

- 1:1-26. El amor y la alegría de Pablo.
- 1:27-2:30. El ciudadano celestial y sus privilegios.
3. Progreso cristiano.
4. Seis exhortaciones prácticas.

Creación, caos y cosmos

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Génesis 1-2:3

Creemos firmemente que el capítulo 1 de Génesis es un campo de batalla, pero yo prefiero no considerarlo en forma de controversia, sino a la manera del estudiante que se esfuerza únicamente por encontrar lo que él nos enseña.

El punto de la supuesta controversia gira alrededor del conflicto entre sus afirmaciones y las de la ciencia. No es mi propósito entrar en esa controversia, pero hay dos cosas que deseo expresar desde mi punto de vista.

Primero, creo que no existe discrepancia entre las declaraciones de la Biblia y los hechos descubiertos por la ciencia. Puede haber muchas diferencias entre las hipótesis de los científicos en su investigación de los fenómenos, y lo que la Biblia dice; como es igualmente cierto que puede haberlas entre los hechos descu-

biertos por la ciencia y lo que algunos dicen que la Biblia enseña; pero en esta discusión, reitero, no voy a intervenir.

Debo agregar, por vía de introducción, que es imposible abarcar completamente este capítulo en una sola de estas meditaciones. Siendo, entre otros, una cumbre de la Biblia, hemos de reconocer que ninguna cumbre puede ser abarcada en pocas palabras. Lo que podemos hacer es contemplar su contorno a grandes rasgos y notar sus valores más destacados.

El misterio del universo

Hemos de admitir que este capítulo es fundamental en la totalidad de la literatura bíblica. A medida que se lee esta literatura, sea la historia, la profecía o la poesía, vemos que no hay ninguna afirmación en este capítulo que haya sido puesta en duda. Sus

declaraciones son siempre exactas y firmes.

El capítulo intenta ser la solución de lo que algunos llaman «el misterio del universo». En su totalidad, este capítulo introduce a Dios, explica la tierra en la cual vivimos, e interpreta al hombre. Y esto es todo lo que hace. Es importante recordar que aquí no se dice nada final, ni en ninguno de los asuntos a los que se refiere.

No hay nada final acerca de Dios; si tuviéramos solo este capítulo, tendríamos una revelación de Dios, mas no una revelación completa. Este capítulo, por sí solo, no pretende abarcar todo lo que hay por conocer acerca de la tierra; y de la misma manera, la interpretación que hace del hombre, no es completa ni final. Todo es preliminar.

Al considerar Génesis 1, no debemos acudir a los libros que vienen después, aunque por fuerza nos veamos compelidos a hacer precisamente eso en algunos puntos.

Tres movimientos

El capítulo puede ser dividido mecánicamente en tres movimientos, que se sintetizan por medio de tres palabras: creación, caos y cosmos; es decir, una relación del origen del Universo, de un cataclismo que sacude la tierra, y del método por medio del cual la tierra fue restaurada al orden.

La narración completa de la creación original se registra en un solo versículo: «*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*». Esta es una sentencia cósmica, que pone al universo entero dentro de los límites de su alcance, y que hace fijar la atención en lo que aparentemente parece ser una fracción infinitesimal del universo – la tierra.

El versículo 2 describe el cataclismo: «*Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas*». Luego sigue la narración de la restauración del orden, en la frase que comienza: «*Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz*».

Así continúa esta historia extraordinaria y poética, que termina realmente en el versículo 3 del capítulo 2, razón por la cual incluimos estos tres versículos en este capítulo, a fin de no dejar la historia incompleta.

El hecho de que, en la sentencia cósmica mencionada, se incluya al universo y se nombre a la tierra, es realmente notable. Si estuviéramos leyendo esto por primera vez, nos llamaría la atención el hecho de que el escritor sagrado, habiendo escrito: «*En el principio creó Dios los cielos*», que se refiere a todo el universo, incluida la tierra, haya agregado: «*y la tierra*». ¿Por qué? Sin duda, porque

Detrás del universo y de la tierra, hay Poder absoluto, obrando bajo el dominio de la Inteligencia y la dirección de la Voluntad.

el relato posterior tiene como asunto específico la tierra.

Dios

¿Qué es lo que este capítulo dice acerca de Dios? La primera revelación se halla en la frase inicial. No me estoy refiriendo ahora a nuestra palabra *Dios*. Ningún filólogo intenta darnos el significado último de esta palabra. Sin embargo, lo que nos interesa a nosotros es la palabra *Elohim*, que usó Moisés.

Aquí vemos la primera noción acerca de Dios, no solo por lo que se refiere a este capítulo, sino a todo el relato bíblico. *Elohim* es un plural hebreo. Algunos ven en ello la sugerencia de la Trinidad. Personalmente, no creo que tal sugerencia sea válida. En la lengua hebrea se aplica el plural en una forma enfática, cuando se desea significar que aquello a que se refiere el nombre, es superlativo.

El singular de *Elohim* es *El*, y significa sencillamente *fortaleza*. Podemos emplear las palabras poder, energía y fuerza; la idea es la misma. Cuando

la palabra se escribe en plural, se refiere al poder sin límite, entero y absoluto.

Así es como somos introducidos a Dios. La afirmación es que en el principio, es decir, en un tiempo sin fecha que nos lleva muy atrás de todas nuestras suposiciones, aun de las suposiciones de los científicos, que son colosales y sorprendentes, lo único que cuenta para todas las cosas es el Poder.

Esta es la única designación que se hace de Dios, y ocurre no menos de treinta y cinco veces en el capítulo. Así, a medida que vamos leyendo, nos damos cuenta de los latidos del Poder perfectamente capacitado, entero e infinito: no hay nada allí de fatiga o de debilidad, sino de fuerza.

La creación

Pero eso no es todo lo que el capítulo nos revela acerca de Dios. Su nombre está enlazado con un verbo: «creó». La palabra en hebreo implica la idea del origen de lo que es. Y cuando se dice que el Poder origina lo que es, se postula la Inteligencia y también la Voluntad.

La fuerza ciega no crea nada. Para crear, la fuerza necesita la dirección de la Inteligencia y el dominio de la Voluntad. Así nos encontramos con que el capítulo, afirma que, detrás del universo y de la tierra, hay Poder absoluto, obrando bajo el dominio de

la Inteligencia y la dirección de la Voluntad.

Al llegar a este punto, no nos interesa la cuestión de fechas, ni discutir si los días a que hace referencia fueron de veinticuatro horas o periodos más largos. Si aceptamos un Poder sin límites, obrando bajo una Inteligencia perfecta y una Voluntad adiestrada, no es difícil creer que éstos fueran días de veinticuatro horas. Pero es igualmente posible aceptar que fueran periodos más largos.

Es interesante que Moisés, en el salmo que todos le atribuyen a él, diga: *«Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche»* (Sal. 90:4). Cuando nos esforzamos por pensar en términos de lo divino, nos conviene olvidarnos de nuestros calendarios.

Hasta aquí, entonces, la revelación que tenemos acerca de Dios en este capítulo, es la de un Ser de poder ilimitado, que obra con Inteligencia, que es guiado por una Voluntad, y que va produciendo, creando, originando, y siendo la *causa* de lo que es.

Pero hay más. El poder creador implica una personalidad. Es oportuno decir aquí que no podemos comprender la personalidad de Dios por nuestro propio estudio. La personalidad, en el hombre, es limitada, en tanto

que en Dios es infinita. La filosofía hebrea reconoce siempre que, tras lo concreto, se encuentra lo abstracto; en otras palabras, que el pensamiento precede a los efectos, y que, por lo tanto, postula al Ser pensante. ¿Qué es, entonces, lo que conocemos acerca de esta Personalidad? Por lo que concierne a este capítulo, hemos de encontrar la respuesta en lo que Su poder ha creado, obrando bajo la inspiración de Su mente y dirigido por Su voluntad.

Orden y belleza

Volvamos a contemplar los cielos y a examinar en detalle, una vez más, la tierra, observando a la margarita que crece, y a la brillante gota de rocío. Como resultado de tal contemplación, nos encontramos de una manera clara con dos cosas: el orden y la belleza. Cuando nos detenemos a pensar en los cielos en todo su esplendor y en la tierra en toda la minuciosidad de su perfección, nos vemos, por lo menos, llevados a la conclusión de que, detrás de todas las cosas, se encuentra una Personalidad que es, al mismo tiempo, matemática y artística.

Asimismo, parece que hay revelado algo más, si bien solo por insinuación. Cuando llegamos al punto donde se describe la inundación, se nos dice que *«el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas»*. En esta fra-

se se adivina la idea de la Maternidad, aun cuando no podríamos usar la figura de las alas extendidas de la gallina que quiere juntar a sus polluelos debajo de ellas. Repetimos que todo ello puede ser solo una sugerencia, pero que se comprueba en la literatura bíblica subsecuente. De esta manera, el capítulo nos revela a Dios como Poder, dirigido por la Inteligencia y actuando como Soberano – Dios metódico y pleno de belleza, en donde reside el corazón de la Maternidad.

La tierra

Volviendo a la tierra, nos encontramos con la afirmación de haber sido colocada en relación con el orden cósmico como una parte de la creación. Sería conveniente detenernos por un momento en la palabra hebrea que se usa aquí, la palabra *bará*, que significa literalmente originar y, en ese sentido, crear. Esta palabra aparece tres veces en el capítulo.

Pero hay otra palabra, *asah*, que no necesariamente significa originar, sino formar de nuevo, o dar nueva forma a cosas ya existentes. *Bará* nunca tiene ese significado; siempre expresa origen. Esta palabra nunca se usó en la literatura hebrea para nadie más que para Dios.

El hombre nunca crea; él hace. En consecuencia, la primera afirmación es que la tierra es una creación ex-

presa de Dios. No tenemos detalles dentro del elemento tiempo. Es posible, y aun probable, que, en la creación original, la tierra fue el escenario de alguna actividad especial de Dios, pero no tenemos ninguna información definida con respecto a ella.

Un cataclismo

Ahora, llegamos al segundo hecho acerca de la tierra, a saber, que ésta fue arrasada en alguna inundación. Nuestra versión de las Escrituras dice: «Y la tierra estaba desordenada y vacía». Es una versión poco feliz. El verbo traducido así no es parte del verbo hebreo «ser», sino de «llegar a ser».

La interpretación antigua en este punto fue que el versículo 1 afirma que Dios creó los cielos y la tierra, y que en el versículo 2 se la describe cómo estaba antes de ser creada. Cualquier reflexión inteligente mostrará lo absurdo de tal idea, porque sugeriría que la tierra existió en una forma caótica antes de haber sido creada y, admitiendo eso, realmente se niega el significado de la palabra «creó».

Por el contrario, traducir: «Y la tierra llegó a ser desordenada y vacía», es reconocer que alguna inundación provocó tal estado. Utilizo la palabra inundación, porque significa literalmente el dominio de las aguas. Echando una mirada a la profecía de

Isaías, leemos: «*Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano*» (Is. 45:18). Las palabras «desordenada y vacía» no describen la tierra tal como Dios la hizo, sino cómo quedó tras la inundación.

La descripción nos muestra que, después del cataclismo, esa inundación de aguas turbulentas, la tierra se salió de su verdadera órbita, en la cual estaba iluminada, y quedó envuelta en tinieblas, mientras «*El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas*».

Restauración

Finalmente, y con respecto a la tierra, vemos el relato de la restauración. La expresión: «*Dijo Dios*», se repite nueve veces. Y, tras cada repetición, acontecieron las cosas. En una mirada retrospectiva, notamos que la palabra ya mencionada, «creó», no ocurre por algún tiempo después de ser citada al principio. Se usa la palabra *asah*, «hizo». La luz no fue creada entonces, sino que la tierra fue restablecida a su primitiva relación con ella; el firmamento no fue nuevo; la separación de la tierra y del agua no fue la creación de estos dos elementos, y el brote de la vegetación no fue el principio de la vegetación.

Cuando leemos acerca del sol y de la luna, hemos de entender que Dios

habló y que la tierra fue restituida a su lugar, en lo que llamamos el sistema solar. Otro tanto ocurrió con la luz y el firmamento, y las aguas fueron reunidas, y la tierra seca apareció y brotó de nuevo la vegetación. Todo ello constituye la obra de restauración.

Luego, algo aconteció. En la siguiente etapa, la palabra ya no es *asah*, «hizo», sino *bará*, «creó». Es el momento cuando aparece la vida sensible: peces, aves, animales. Esta sí fue una nueva creación. Se ve que Dios prepara la tierra como un hogar para un nuevo ser. De allí la creación de un nuevo orden de vida sensible, en el cual este nuevo ser pudiera no solamente vivir, sino reinar sobre él.

El hombre

Por último, en la parte del capítulo que tiene que ver con el hombre, hallamos una vez más la palabra «creó». Aquí se declara que el hombre fue el resultado de un consejo especial de la Deidad, pues se usa el plural místico, «*Hagamos*». Además, el nuevo ser, será hecho a imagen y semejanza de Dios. Se afirma, una vez más, que el propósito de este ser dentro de la economía divina, es que tenga dominio. En resumen, el hombre es una creación especial de Dios, hecho a Su imagen y semejanza, y de esta manera, en estrecho parentesco con Dios.

Los versículos iniciales del capítulo 2 revelan a Dios descansando. Por supuesto, ello no quiere decir que ese reposo sea consecuencia de fatiga, sino simplemente el descanso de una obra terminada. La tierra había sido restaurada, y el nuevo ser había sido creado y puesto en su nuevo hogar.

Una cosmogonía

En conclusión, es necesario no olvidar que cada una de las cosas que vemos aquí es primaria, original. Cada fase aguarda un desarrollo y una interpretación posteriores. Por consiguiente, este capítulo es, en algunos sentidos, una cosmogonía (una visión de los orígenes del mundo). Si no aceptamos esto, ¿cómo vamos a interpretar el universo?

Alguien sugiere la idea de que la creación fue hecha por sí misma. Pero, entonces, ¿quién, o qué fue lo que le dio origen? Tal respuesta no puede satisfacer a un ser racional. Llama la

atención que, una frase que era común hace años, se oye escasamente hoy. Me refiero a la expresión «una concurrencia accidental de átomos». Todos entendemos que la palabra «accidental» significa, simplemente, por casualidad, y no por designio. La razón no puede aceptar eso como una interpretación final del universo.

Hay otro punto de vista, el de aquellos que dicen que es inaccesible al entendimiento humano toda noción de lo absoluto, y reducen la ciencia al conocimiento de lo fenoménico y relativo. Tal es el punto de vista de los agnósticos. Solo podemos comentar que el entendimiento no puede descansar sobre la ignorancia, sino que debe investigar.

Para mí, y no por ser cristiano, sino porque soy un ser racional, la solución al misterio del universo hallada en este capítulo es aceptable, sencilla, sublime y suficiente.

Condensado de «*Grandes Capítulos de la Biblia*», Tomo I.

El amor de Dios lo abarca todo

Un célebre astrónomo estaba dando una conferencia acerca del vasto universo. Cuando llegó la hora del coloquio, alguien le preguntó: «Profesor, después de todo lo que usted nos ha contado, ¿cree que un Dios suficientemente grande como para hacer los mundos del Universo podría preocuparse de nosotros los mortales habitantes de esta maravillosa Tierra?».

Después de meditarlo cuidadosamente, el profesor respondió: «Todo depende de cuán grande sea el Dios que usted tiene en su mente».

Samuel Vila.

La alabanza

Watchman Nee

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica

"Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre" (Hebreos 13:15).

La alabanza es la mayor obra que pueden hacer los hijos de Dios, la más sublime expresión que los santos pueden mostrar. La manifestación más alta de vida espiritual se ve en los hombres alabando a Dios.

Aunque el trono de Dios es el corazón del universo, sin embargo, él se establece sobre la alabanza de sus hijos. El nombre de Dios es exaltado a través de la alabanza. No hay nada que un cristiano pueda ofrecer que sobrepase a la alabanza.

El sacrificio es muy importante para Dios; sin embargo, *«el sacrificio de los impíos es abominación»* (Prov. 21:27). Con todo, nunca hemos oído acerca de la alabanza como siendo abominable; hay sacrificio abominable, pero nunca alabanza abominable.

La oración ocupa también un lugar muy elevado en la Biblia, pero se nos dice que *«el que aparta su oído para*

no oír la ley, su oración también es abominable» (Prov. 28:9). No se lee, sin embargo, que alguna alabanza sea abominable. ¿No es esto maravilloso?

David, en sus Salmos, dice: *«Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y él oírá mi voz»* (Sal. 55:17). También: *«Siete veces al día te alabo a causa de tus justos juicios»* (Sal. 119:164). Él ora tres veces al día, pero alaba siete veces al día. Movidado por el Espíritu Santo, él reconoce la importancia de la alabanza.

La alabanza es agregada a las funciones sacerdotales

Todos los asuntos relacionados con el servicio en el tabernáculo, los sacrificios y el sacerdocio, son detallados en el libro de Éxodo. El modelo mostrado a Moisés en el monte no podía sufrir aumento ni disminución. Todos los que conocen a Dios saben que a Moisés no le era permitido introdu-

cir sus ideas propias en la construcción del tabernáculo en el desierto.

Puesto que todo el proyecto era divino, nadie podía alterar el patrón. Todo fue hecho exactamente según el mandato de Dios. No obstante, años más tarde, David y Salomón hicieron cambios en el sacerdocio, cuando agregaron algo a las funciones de los sacerdotes. Ellos designaron a un gran número de personas para el servicio de alabar a Dios. Este cambio, sin embargo, no fue rechazado, sino aceptado, por Dios.

La naturaleza de la alabanza

En su naturaleza, la alabanza es un sacrificio. Si el sufrimiento fuera casual, entonces no sería parte de la naturaleza de la alabanza. Pero sabemos que el sufrimiento no es accidental, sino planificado por Dios. Esto significa que la alabanza tiene su origen en el sufrimiento. De ahí que el escritor de Hebreos diga: «*Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre*» (Heb. 13:15).

Hermanos, ¿qué es un sacrificio? El sacrificio implica muerte y pérdida. Quien sacrifica incurre en pérdida. El becerro o el cordero era tuyo, era tu posesión y tu propiedad. Hoy tú lo traes ante Dios como un sacrificio, y sufres su pérdida. Dios quiere que los hombres ofrezcan sus alabanzas hoy

en día como si estuviesen ofreciendo un sacrificio.

En otras palabras, él te capacita para ofrecerle alabanza, y para ello, él necesita herirte, molerte y cortarte profundamente. El trono de Dios es establecido sobre alabanzas. ¿Cómo obtendrá él estas alabanzas? Haciendo que sus hijos se alleguen a él, trayendo cada uno su sacrificio de alabanza.

El camino a la victoria

Primero, necesitamos comprender que la alabanza es un sacrificio. Luego veremos que también es un camino a la victoria. Es una estrategia muy común de Satanás atacar a los hijos de Dios en el área de la oración. Muchos hermanos y hermanas se quejan de que son atacados con tal frecuencia, que se ven impedidos para orar.

Se dice a menudo que, aquello que Satanás más teme, es a los hijos de Dios cuando ellos se dedican a la oración, y que huye cuando los santos

En su naturaleza, la alabanza es un sacrificio. Si el sufrimiento fuera casual, entonces no sería parte de la naturaleza de la alabanza.

están sobre sus rodillas. Esto es muy familiar para nosotros. Quisiera decir, sin embargo, que lo que Satanás ataca con más furia no es la oración, sino la alabanza.

No digo que Satanás no ataque la oración. Cuando un cristiano comienza a orar, Satanás comienza a atacar. En verdad, es relativamente fácil hablar con la gente, pero es bastante difícil orar. Sin duda, Satanás ataca la oración. Sin embargo, también asalta la alabanza de los hijos de Dios. Si él pudiera evitar que todas las palabras de alabanza se eleven a Dios, con gusto usaría toda su fuerza para hacerlo.

Recuerden: toda vez que los hijos de Dios están alabando, Satanás tiene que huir. Con frecuencia, la oración es una batalla, pero la alabanza es victoria. La oración es guerra espiritual; la alabanza es el grito de triunfo. Por esta razón, la alabanza es aquello que Satanás más aborrece. Siempre que sea posible, él ejercerá todo su poder para extinguirla.

Los hijos de Dios actúan neciamente si miran sus circunstancias o consideran sus sentimientos, y luego dejan de alabar al Señor. Si realmente conocen a Dios, verán que, aun en la cárcel en Filipos, había un lugar para cantar. Cuando Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, todas las puertas de la prisión se

abrieron (Hechos 16:25-26). La oración no siempre puede abrir las puertas de la prisión, ¡pero sí puede hacerlo la alabanza!

¿Por qué la alabanza es también triunfo? Porque, cuando tú oras, aún estás envuelto en tus circunstancias; pero cuando alabas, te elevas por sobre ellas. Cuando estás orando y suplicando, estás involucrado en aquello que pides. Cuanto más suplicas, más preso estás en esa situación, pues ella está presente todo el tiempo. Pero, si eres conducido por Dios más allá de la prisión, más allá del cepo, más allá de la vergüenza y el sufrimiento, entonces podrás alzar tu voz y cantar alabanzas al nombre de Dios.

Aquello que la oración tal vez no alcance, la alabanza lo puede obtener. Este es un principio básico para recordar. Si tú no puedes orar, ¿por qué no alabas? El Señor no nos dio solo la oración, sino también la alabanza, para que a través de ella podamos reclamar la victoria. «*Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús*» (2^a Cor. 2:14).

Cuando tu espíritu esté demasiado oprimido, al punto en que difícilmente puedas respirar, y mucho menos orar, ¿por qué no intentas alabar a Dios? Ora cuando seas capaz de orar, pero alaba cuando te sientas incapaz de orar.

La sustancia básica de la alabanza

El Salmo 106, que describe la situación de los israelitas en el desierto, contiene una palabra muy preciosa: «Entonces creyeron a sus palabras y cantaron sus alabanzas» (v. 12). Creyeron, por tanto, cantaron; creyeron, por tanto, alabaron. En la alabanza está el contenido básico de la fe.

Nadie debe alabar ligeramente, o decir casualmente: «Yo doy gracias al Señor; yo alabo al Señor». No, esas meras palabras no pueden contarse como alabanza, porque la alabanza debe ser corroborada por la fe. En tiempos de angustia, tú oras; cuando tienes tristeza, oras. Oras y oras hasta que puedes creer en tu corazón. Entonces abres la boca para alabar.

La alabanza, en consecuencia, es viva. No es algo que pueda ser pronunciado descuidadamente. Cuando estás preocupado, debes orar; pero, una vez que se levanta dentro de ti un poco de fe, que te permite creer en Dios, en su poder, grandeza, miseri-

cordia y gloria, entonces debes empezar a alabar.

Recuerden, si alguien tiene fe y no alaba, esa fe, tarde o temprano, se desvanecerá. Hago esta declaración sobre la base de la experiencia. Permítanme decir enfáticamente: Si encuentras fe en ti, tú debes alabar; de lo contrario, pronto perderás la fe.

Glorifica a Dios

Por último, veamos un pasaje en el Salmo 50. «*El que sacrifica alabanza me honrará*» (v. 23). El Señor está buscando nuestras alabanzas. Nada glorifica a Dios más que la alabanza.

Sabemos que un día toda oración será cosa del pasado, todas las obras acabarán. La profecía desaparecerá, las labores cesarán. Pero, en aquel día, la alabanza excederá en mucho a la alabanza de hoy. Ella continuará perpetuamente. En el cielo, nuestro hogar celestial, alabaremos más y más, y la alabanza será perfecta. Por eso, es mejor comenzar a aprender tan excelente lección, aquí mismo, en la tierra.

Traducido de *Spiritual Exercise*, Chapter 20.
Christian Fellowship Publishers

En el martirio

Mientras se preparaba para dirigirse hacia su ejecución, Christopher Love (1618-1651) le escribió una nota a su mujer que decía: «Hoy, me separarán de mi cabeza física, pero no pueden separarme de mi cabeza espiritual, Cristo». Mientras caminaba hacia la muerte, su esposa aplaudía mientras él cantaba sobre la gloria.

David Platt, *Radical*

FAMILIA

La intención de Dios para la familia, es que ésta sea una familia llena del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo en la familia

Juvenal Santos

Cuando se habla sobre la familia en Efesios capítulo 5, muchos comienzan desde el versículo 21, olvidando considerar el contexto anterior. Cuando Pablo va a desarrollar el asunto del matrimonio y la familia, debemos recordar que la Biblia no fue escrita por capítulos, y necesitamos volver un poco atrás, al versículo 18, cuando el apóstol comienza hablando de estar llenos del Espíritu Santo.

La intención de Dios para la familia, es que ésta sea una familia llena del Espíritu Santo. En el nexo entre marido y esposa, el propósito de Dios es que ambos estén llenos de su Santo Espíritu.

Solo el poder del Espíritu Santo podrá preparar a la iglesia para la venida de nuestro Señor. Y, ¿cómo ser llenos de este poder? Primero, debemos estar vacíos de nosotros mismos.

Una de las leyes de la física dice que dos cuerpos no pueden ocupar el

mismo lugar en el espacio. Si el corazón está lleno de otras cosas, no puede ser lleno del Espíritu Santo. La hermana Ruth Paxson dice que Dios no está buscando vasos de oro o plata, sino vasos limpios, que puedan ser llenos del Espíritu.

Si nosotros no nos arrepentimos de nuestros pecados, no somos vasos limpios. ¿Qué es lo que hacía de David un hombre según el corazón de Dios. David fue un hombre pronto a llorar por sus pecados. No era un hombre que abrazaba al pecado.

Necesitamos caminar en la comunión del Espíritu Santo, viviendo una vida de obediencia. Entonces, cuando la tentación viene fuerte a nuestra vida, el Señor nos ayuda, por su Espíritu, y quita de nosotros la voluntad de pecar. Gracias a Dios, cuando tenemos comunión con él, cuando estamos cerca del abismo, el Espíritu Santo nos socorre.

Necesitamos tener una vida familiar en torno al Espíritu Santo. Nosotros, como familia, orábamos juntos. Hoy nuestros hijos están todos casados. Ya tenemos siete nietos, y gracias a Dios, ellos están sirviendo al Señor. Un hermano dice que la verdadera bendición es tener a la familia en el camino del Señor, tener a la generación siguiente y a la subsiguiente en el camino del Señor, y así sucesivamente.

Necesitamos invertir en la familia, dedicando tiempo para hablar del Señor. La mayoría de los cristianos ignoran que, cuando nosotros obedecemos la palabra de Dios, como padres, estamos construyendo nuestra vida de fe, estamos construyendo nuestra historia con Dios, o mejor dicho, estamos caminando en la historia que Dios escribió para nosotros. Y la historia de Dios es siempre la mejor historia.

Enseñando la Palabra

Muchos padres omiten enseñar la palabra de Dios a sus hijos, y vemos al pueblo de Dios mezclar la psicología con las Escrituras. Pareciera que la Palabra se ha vuelto ineficaz, y necesita de un apéndice. Pero ella es suficiente, es viva y eficaz. No hay un poder mayor dado por Dios que su Palabra, para curarnos y edificarnos.

«No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mat. 4:4). La palabra de

Dios es poderosa, es creativa; ella creó los mundos, y continúa creando vidas. Ella nos engendró de nuevo, para una esperanza viva. No fuimos engendrados por el pensamiento de alguien; sino por la palabra de Dios. Por el poder del Espíritu Santo, fuimos hechos nuevas criaturas.

La palabra de Dios continúa siendo poderosa. Si tú necesitas de una cura, ella tiene más poder que cualquier medicina. Nosotros debemos realmente engrandecerla. Si la familia no se vuelve hacia la Palabra, nunca estará preparada para la venida del Señor.

El Señor quiere que la familia viva en torno a Su Palabra. Cuando el pueblo llegó a la frontera de la Tierra Prometida, el Señor dio un mandamiento a los padres, diciendo: «Todo lo que ustedes han visto, todas mis obras, y toda la palabra que les he enseñado, la pondrán en sus corazones, y las enseñarán a sus hijos, y a los hijos de sus hijos».

Preparando siervos

Debemos tener este celo. Algunos dicen que los abuelos sirven para estropear a los nietos. Yo puedo decir lo contrario de eso. Porque el Señor dice que hablemos a los hijos y a los hijos de los hijos. Si yo le hablo a mi hijo, le hablo a mi nieto; ayudo a mis hijos a conducir a sus hijos en el camino del Señor.

En la Biblia, existe una abuela maravillosa, Loida, la abuela de Timoteo, que fue alabada por el apóstol Pablo. Tanto ella, como la madre, condujeron a Timoteo a los caminos del Señor. Es verdad, el Señor nos da gran placer en tener hijos; pero, tras esto, hay una gran responsabilidad. No solo debemos educarlos, sino entrenarlos para el reino de Dios, para servir al Señor.

Siglos atrás, una hermana decía que les enseñaba a sus hijos a sufrir por el nombre de Jesús. Ella los estaba preparando para la obra de Dios, para el campo misionero. En realidad, los estaba preparando para esta vida, que está llena de situaciones difíciles. A menudo, queremos librar a nuestros hijos de las dificultades, y cuando tienen necesidades, estamos listos a darles todas las cosas, aun cosas que son innecesarias, solo porque ellos quieren tenerlas.

Hay padres tan preocupados por el futuro de sus hijos, que trabajan en exceso, para tener más dinero. Lo hacen todo por sus hijos. Pero, en verdad, están diciendo: «Hijo, yo lo estoy haciendo todo por ti, para que tú no dependas de Dios». Ese es el mensaje subliminal que les están transmitiendo.

Los padres no están tratando con el asunto de quebrantar la voluntad de sus hijos; y tienen que comenzar a hacer esto con ellos desde pequeñi-

tos. Así, ellos serán siervos del Señor. Muchas veces, en casa, estamos criando a un pequeño rey. Y tendremos que satisfacer la voluntad de ese reyecito hasta el final.

El orden divino

Cuando el Señor Jesús vino a este mundo, él no durmió en cuna de oro. Él tuvo una vida pobre. Y nosotros, muchas veces, queremos dar a nuestros hijos una cuna de oro, y les concedemos todo lo que nos piden. Necesitamos arrepentirnos de esto, antes del retorno del Señor, para recuperar la familia. Todas las cosas tienen que ser restauradas. El orden divino debe ser restaurado. El marido es cabeza de la mujer. Cristo es la cabeza sobre ellos, y luego, ellos son autoridad sobre los hijos. Esto debe ser restaurado.

Hay una falta de orden en el hogar. Cuando llega un bebé, los padres concentran todo su amor sobre él. Luego, el marido se olvida de amar a la esposa y ella se olvida de amar al marido. Esto no parece ser algo grave, pero es el reflejo de un desajuste. Lo que está realmente faltando es la centralidad de Cristo en ese hogar.

Se nos ha hablado de exponer nuestro corazón. El profeta Joel dice que debemos rasgar nuestro corazón, y no nuestras vestiduras. Cuando nos humillamos en la presencia de Dios, somos restaurados. Necesitamos pro-

fetas que toquen nuestra conciencia, que desnuden nuestro corazón, para que apunten exactamente a la herida y allí el Señor venga a curarla.

El Señor dice que muchas heridas no son bien curadas. No nos engañemos con una falsa espiritualidad. A veces, tenemos mucha luz, pero esta luz puede ser insuficiente para mostrarnos el camino. Muchas veces, ella trae orgullo al corazón. Seamos cuidadosos; el conocimiento de las cosas espirituales no significa necesariamente experiencia espiritual.

Edificando la casa

A veces, un creyente que comenzó hace poco, tiene una fe viva. Él caminará con Dios más que aquellos que conocen mucho la Biblia. Entonces, hermanos, vamos a andar con Dios, vamos a ser llenos del Espíritu Santo, vamos a tener una vida práctica de comunión con Dios, vamos a reunir a nuestra familia y a esperar juntos la venida del Señor, permaneciendo en esta esperanza maravillosa.

La familia debe orar junta; el marido y la esposa deben orar juntos todos los días. Hemos dejado de lado la disciplina espiritual, y se ha perdido en parte la práctica de orar juntos los esposos. Si la familia comienza a vivir en torno al Señor, y comienza a orar, él realmente va a libertar vidas. Aquel miembro de la familia que es incrédulo, se convertirá.

Una de las leyes de la física dice que dos cuerpos no pueden ocupar el mismo lugar en el espacio. Si el corazón está lleno de otras cosas, no puede ser lleno del Espíritu Santo.

Cuando edificamos la familia, entonces tendremos la iglesia edificada. Si cada padre asume el pastoreo de su familia, si el marido y la esposa oran juntos, traerán edificación sobre la casa de Dios, traerán conversión para sus hijos. Hay gran necesidad de restaurar esta posición de los matrimonios. Aun antes de casarse, ellos deben comenzar a orar juntos. Esta vida de oración comienza cuando tú quieres encontrar un compañero o una compañera.

Arrepentimiento y conversión

«Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido

desde tiempo antiguo» (Hech. 3:19-21).

El arrepentimiento y la conversión traen el perdón de nuestros pecados y también traerán refrigerio. En este tiempo, necesitamos un despertar. Que el refrigerio de nuestro corazón sea dado por la presencia del Señor.

El hermano Nee dice que, la mayor bendición que tendremos en la nueva Jerusalén, será la presencia del Señor con nosotros. Debemos estar llenos de la presencia del Señor. Y esto viene por el arrepentimiento y la conversión. Si estamos viviendo para nosotros mismos, si hemos sido negligentes en llevar la familia alrededor de Cristo, si no hemos centralizado a Cristo en nuestra casa, necesitamos arrepentirnos.

Estamos cuidando de muchas otras cosas. Los obreros debemos tener cuidado, porque nos ocupamos mucho en la obra de Dios. Conocí a un pastor así, que perdió a toda su familia. A él no le importaba estar noventa o cien días fuera de casa. Debemos cuidarnos de esto.

Sabemos que el adversario es muy astuto, principalmente en nuestro tiempo. Cuando el hombre salió del jardín de Edén, Adán y Eva fueron engañados con el falso jardín que Satanás formó afuera. Satanás embelecó este mundo, para engañar los ojos de los jóvenes, como un espejismo

en el desierto. Miramos al mundo y vemos un gran oasis adelante. Pero, cuando nos acercamos, aquello se evapora. Este mundo es solo un espejismo, una fantasía.

Debemos poner nuestros ojos en la grandeza de nuestro Señor. Debemos enseñar a los hijos quién es nuestro Dios.

El Salmo 78 nos dice que debemos testificar a la generación venidera, para que ellos conozcan las maravillas que Dios hizo. Y en el versículo 7, el salmista dice: «...*a fin de que pongan en Dios su confianza*». Los hijos deben tener esa confianza en el corazón. Cuando tú lo preparas, ese corazón anhelará tener un encuentro con el Señor. Tal vez querrías ver a tus hijos en los atrios de la casa de Dios, que un día ellos tengan un encuentro con el Señor, que entren al Lugar Santo y luego al Lugar Santísimo. Pero, si no les enseñas, nunca los verás en el Lugar Santísimo.

Responsabilidad de los padres

Los padres tienen una responsabilidad ministerial muy grande. Gracias a Dios por los padres que tienen hijos pequeños; pero, aquellos que tienen hijos mayores, no pierdan la esperanza.

Si te humillas en la presencia de Dios, Dios restaurará toda tu casa. La palabra de Dios nunca falla. Dios es po-

deroso para hacer todo esto, mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según su poder que opera en nosotros.

Necesitamos arrepentirnos. Es necesario que busques a tus hijos, confieses tus pecados y pidas perdón. Necesitamos humillarnos y despojarnos, porque la venida del Señor está cerca.

Aquellos a quienes herimos, sienten dolor. Muchas veces, nosotros no lo sentimos. Si un hermano pasa junto a ti y te pisa un pie, él no siente dolor; pero tú lo sientes. Cuando ofendemos, el otro siente el dolor; aunque nosotros no lo sentimos. A veces, por una pequeña palabra que digo a mi esposa, ella se duele. Realmente, es necesario que los maridos amen a sus esposas.

El ejemplo del siervo hebreo

«Estas son las leyes que les propondrás. Si comprares siervo hebreo, seis años servirá; mas al séptimo saldrá libre, de balde. Si entró solo, solo saldrá; si tenía mujer, saldrá él y su mujer con él. Si su amo le hubiere dado mujer, y ella le diere hijos o hijas, la mujer y sus hijos serán de su amo, y él saldrá solo. Y si el siervo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna,

y será su siervo para siempre» (Éx. 21:1-6).

Aquí tenemos una familia de siervos. La actitud de aquel siervo, de querer servir a su señor por amor, conservó su familia. Si él hubiese sido egoísta, tendría su libertad personal, y dejaría a su familia junto con su señor. Pero sería un siervo vacío. Él tendría su libertad, pensando que verdaderamente estaba libre. Pero él no estaría libre, sino que sería esclavo de su propio ego, por haber negado a su familia. Sería un hombre sin amor, esclavo de sí mismo.

Un matrimonio sin amor es como una fornicación legalizada. Dios hizo el matrimonio para ser lleno de amor. Primero, el amor por el Señor. En la familia, lo primero que se debe observar es el señorío de Cristo. Aquel siervo no quiso salir, por causa de su señor. Entonces, hoy, nosotros debemos tener absolutamente a Jesús como Señor de nuestra casa.

Si solo oímos su palabra y la hallamos maravillosa, solo le estamos valorando como Maestro; pero tenemos que verle como Señor. El tenerle como Señor significa que hay una relación vital entre nosotros y él. Lo que él dice no es solo admirado; es importante que lo experimentemos. La familia debe volver a la práctica de lo que el Señor dice, y reunirse en torno a la mesa a compartir su Palabra.

Amor y unidad

Los maridos no acostumbran a ser siervos en el hogar. Se sienten tan espirituales, que solo son siervos del Señor. No participan de ningún servicio en el hogar. En verdad, ellos tienen que ser el primer siervo quebrantado, que servirá de ejemplo a los demás.

El hombre en la casa será el espejo del amor divino y del servicio a Dios. Dios quiere que el hogar sea el espejo del cielo. Lo mejor que un padre puede hacer por sus hijos es amar a la madre de ellos. Sin amor, no tenemos nada dentro del hogar.

El libro de Juan tiene cuatro grandes temas: vida, luz, amor y unidad. Si no tenemos amor, tampoco conoceremos el camino de la unidad, porque el amor fue dado por Dios para que manifieste la unidad.

La unidad es la cumbre del amor. Si no hay amor, la unidad se verá comprometida en cualquier momento. Por eso existen muchos divorcios. No debería haber divorcio en la casa de Dios, porque Dios aborrece el divorcio. Él no está a favor del divorcio; él vino a restaurar las familias y llenarlas de amor.

Aquel siervo y su familia eran una familia de siervos. Y el liderazgo de él realmente era eficaz, porque renunció a su libertad, para tener tiempo para Dios y para su familia.

A veces, nosotros tenemos un hijo pequeño, y nos ocupamos en muchas cosas, pero no nos ocupamos de Dios, ni de nuestro hijo. Pensamos que está muy pequeño aún. Luego habrá ocasión para volver y tener tiempo con él. Y, cuando volvemos, ya es un adolescente. Cuando quiero conversar con él, él ya aprendió muchas cosas, y no quiere aprender nada conmigo.

Nosotros tenemos que entrenar a nuestros hijos desde pequeñitos. El mayor entrenamiento que se debe dar a un hijo es enseñarle a oír. Este es el método de Dios. El Señor dijo: «Reúne a mi pueblo, aun a los niños, para que oigan y aprendan a temer al Señor». La primera cosa en la cual debes entrenar a tu hijo desde pequeño, es a oír. Si haces bien esta lección, entonces tendrás éxito en toda tu carrera.

El padre tiene que trabajar, tener paciencia y ser enérgico, hasta que el niño aprenda a oír al padre. Entonces podrás enseñarle la palabra de Dios, y él va a temer a Dios, va a tener un corazón preparado para Dios. Comienza a enseñar a tu hijo a oír, porque después él va a ser entrenado en oír al Señor.

La familia necesita contar con el poder del Espíritu Santo, para que no sea tan solo una familia, sino realmente una novia para Cristo, y Cristo se alegre en ella y pueda regocijarse, como lo hacía en Betania, en casa de

Lázaro, Marta y María. Que tu casa sea una Betania donde el Señor pueda estar, siempre descansando, sabiendo que la obediencia allí es plena.

Restaurando los corazones

Para finalizar, quiero mostrar, en Lucas 1:15-17, la importancia que el Señor da a la familia.

Cuando el Señor anuncia el ministerio de Juan el Bautista, él dice: *«...porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto»*.

Esta profecía, en Malaquías, está hablando del gran día del Señor. La primera venida del Señor fue un gran día. Y también la segunda venida es llamada el gran día. Entonces, al final del libro de Malaquías, versículos 4:5-6, dice: *«He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición»*.

Aquí, se está mostrando que, en la primera venida del Señor, había una profecía para la familia, que convertiría el corazón de los padres hacia los hijos, y de los hijos hacia los padres. Es decir que, con la primera venida del Señor, la familia tendría un centro de gravitación. Y este punto de conversión es Cristo en la familia. Entonces, cuando Cristo fuese planado como centro de la familia, los padres y los hijos convergerían a Cristo, y todos estarían unidos en Cristo.

De la misma forma, en el Nuevo Testamento, tenemos la misma profecía. Esta profecía está indicando la segunda venida del Señor, porque dice allí que él quiere edificar la familia, convertir la familia, para preparar para el Señor un pueblo bien dispuesto. Esto significa que aquella familia creció hasta ser un pueblo; antes era solo una familia, ahora es la iglesia edificada. Este es el propósito divino.

Si tú edificas la familia, realmente estás edificando la iglesia. Por tanto, debemos rasgar el corazón, dejar toda hipocresía, dejar que la luz de Dios penetre en nuestros corazones, desechando el orgullo, quitar la amargura y la falta de perdón.

Debemos pedir perdón y pronunciar perdón. Debemos reconciliarnos con nuestros hijos, con nuestras esposas; debemos reconciliarnos con Cristo, para que Dios se agrade de nosotros y estemos preparados para la venida

del Señor. Debemos realmente ocuparnos en estos días en nuestra preparación para la venida del Señor.

Sufrir por Cristo

Algo más sobre aquel siervo hebreo. La prueba de su amor fue tomar la cruz. Él fue hasta el poste, y allí perforaron su oreja. Él perdió su libertad. Y esta es la evidencia que Cristo nos dio de su amor. Entonces, vamos a enseñar a nuestros hijos a sufrir por Cristo, y a tomar la cruz.

Una verdadera madre enseña a su hijo a sufrir por Cristo. La vida de una madre es una vida de sacrificio de principio a fin. Mientras los hijos crecen, ella mengua. Cada día disminuyendo, y los hijos van creciendo. Pero esta es una escuela para reinar con Cristo. Entonces, gracias a Dios por los sufrimientos, porque somos entrenados para reinar con él.

Cuando David fue ungido rey, él no fue ungido para sentarse en el trono; sino para sufrir. Solo después de mucho tiempo, se sentó en el trono. Pero

Cuando David fue ungido rey, él no fue ungido para sentarse en el trono, sino para sufrir. Solo después de mucho tiempo, se sentó en el trono.

primero fue entrenado. Jesús volverá, y nos hará reinar con él. Sin embargo, hoy, vale la pena pasar por el sufrimiento, vale la pena invertir tiempo con la familia, enseñar a los hijos, soportar las persecuciones. Porque el Señor ya está llegando; no tardará mucho. Le estaremos abrazando en los aires, y estaremos para siempre con el Señor.

Entonces, ten paciencia, esfuérzate un poco más, glorifica al Señor, cuenta con el poder del Espíritu, busca ser lleno del Espíritu Santo. Y estarás lleno de fortaleza para esperar al Señor. Y sigue entrenando a tus hijos. Porque, cuando el Señor vuelva, su galardón y su corona estarán garantizados para todos aquellos que aman Su venida.

Podando la vid

Quiero hablar sobre la vid. Jesús dijo: «*Separados de mí, nada podéis hacer*» (Juan 15:5). Para dar fruto, hay necesidad de manos hábiles que poden las ramas. Los padres deben pedir sabiduría de Dios para podar las ramas de sus hijos, para que ellos den fruto para Dios. La voluntad de ellos debe ser podada, para que la voluntad de Dios venga a dar fruto en ellos.

La naturaleza humana es muy obstinada para dejarla crecer sola. Entonces, padres, asuman la responsabilidad de trabajar con sus hijos, con todo cuidado y celo del Señor.

Había dos hombres cortando ramas de un árbol. Alguien pasó y les preguntó qué estaban haciendo. Uno dijo: «Estoy cortando una rama para castigar a mi hijo». Y el otro respondió: «Yo estoy cortando un instrumento para formar a un gran hombre». Necesitamos tener la visión de Dios. Si tuviésemos la visión errada, también caminaremos errados. Si tenemos la visión correcta, la vara es un instrumento de Dios para formar un gran hombre.

Meditemos en nuestra responsabilidad. Jeremías 10:23, dice: *«Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos»*. ¿Por qué Dios dice eso? Fuimos creados sin la capacidad de guiar nuestros pasos. Cuando el hombre salió de la presencia de Dios, él perdió la capacidad de dirigir sus pasos.

Necesitamos tener a Dios dirigiendo nuestros pasos. Jeremías 10:24 dice: *«Castígame, oh Jehová, mas con jui-*

cio; no con tu furor, para que no me aniquiles». Los padres no deben corregir a sus hijos con ira. Donde hay mucho amor, también hay disciplina. Hebreos 12:6 dice: *«Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo»*. Donde hay amor, hay disciplina, pero no en ira, sino en equilibrio. Ser enérgico no significa airarse. No debes corregir airado a tu hijo. Dios no corrige a ninguno de sus hijos en ira.

Que el Señor forme su familia. Hoy mismo, si te arrepientes y te entregas, habrá una restauración plena. Habrá siervos y siervas de Dios formados dentro de tu casa. Vale la pena rendir el corazón. Queremos que las familias sean realmente familias sólidas, llenas de la presencia de Dios. Ante la venida del Señor, necesitamos despertar en el poder del Espíritu Santo, a fin de que el Señor sea realmente glorificado en nuestro hogar.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2015.

Seguridad

En 1979, seis años después del lanzamiento de la primera estación espacial, se oyó decir: «¡Aquí viene el Skylab!». Esto nos recuerda las palabras de Abdías 4: *«Si te remontares como águila, y aunque entre las estrellas pusieres tu nido, de ahí te derribaré, dice Jehová»*.

Después que los fragmentos del Skylab cayeron como lluvia sobre Australia, un lector de la revista *Time*, escribió una carta a los editores, comentando: «Estoy feliz de que Dios, y no la NASA, haya puesto a la Luna en órbita alrededor de la Tierra». ¡Cuán verdadero es esto!

À Maturidade

El diluvio del Génesis y su dilución en el cientificismo

Evidencias históricas, culturales y científicas acerca del diluvio universal y su no reconocimiento por parte de la filosofía uniformista y cientificista.

Ricardo Bravo M.

Desde hace más de un siglo, y con el advenimiento de nuevas filosofías, el libro del Génesis bíblico viene siendo criticado por personas y entidades del ámbito secular, pero también por teólogos liberales, tratándolo de mitológico, los primeros, y de simbólico o figurado, los segundos.

De entre los distintos relatos del Génesis, tal vez el que acapara las mayores críticas es el del diluvio. Se señala que una catástrofe planetaria de este tipo no podría haber ocurrido, que va en contra de las leyes naturales, y sería solo un relato mitológico o, a lo más simbólico, pero por ningún motivo se debe considerar literal. Dentro del pensamiento cristiano están, además, quienes lo aceptan parcialmente, pero como un fenómeno local, de menor envergadura, que solo habría afectado a la zona mesopotámica.

Este artículo revisa evidencias históricas, culturales y hallazgos científicos recientes que avalan la historicidad del diluvio descrito en Génesis y agregan antecedentes que respaldan su accionar a nivel global, analizando el contexto filosófico en que está inmersa la sociedad del conocimiento en la actualidad.

Evidencias históricas y culturales del diluvio global

Antes de revisar la influencia de las actuales filosofías que subyacen en la ciencia y en la teología liberal, las que no consideran el relato del diluvio como literal, ni de un nivel catastrófico planetario, es necesario detenerse unos momentos en el contexto histórico y cultural de este relato. Crónicas acerca del diluvio se encuentran en más de 250 culturas distintas a través del mundo¹, desde tribus in-

dígenas de América del Norte hasta indígenas de los confines de Sudamérica, y desde culturas antiguas de Mesopotamia y África hasta el continente asiático.

¿Por qué están marcados a fuego los elementos catastróficos de un diluvio en prácticamente todas las culturas antiguas del mundo?

El hecho de que tal cantidad de culturas cuenten con una historia similar, podría considerarse como una gran coincidencia, pero una hipótesis más pertinente sería que todas ellas han sostenido un relato más o menos modificado, pero manteniendo su esencia central, el que se habría originado de una sola cultura ancestral, a la cual le tocó vivir la catástrofe del diluvio. Los sobrevivientes a esa hecatombe, que cambió la escenografía terrestre y eliminó a casi todo el mundo humano y animal restante, era imposible de olvidar, y así se transmitiría a sus hijos y nietos, de generación en generación.

La antropología sostiene que, uno de los factores claves que hace que una cultura determinada se mantenga en el tiempo, es el de conservar su lenguaje y estructura idiomática; de lo contrario, ésta se desvanece como tal, y lo propio ocurre con su historia. Es a través de su lenguaje que las distintas generaciones de una cultura dada recuerdan y traspasan su folclore e historia. El hecho de que tan-

tas culturas compartan una historia común como la del diluvio, habla de que se debe haber vivido realmente un evento tan colosal, y a este relato histórico original se le fue adosando parte de folclore y mito en las diferentes culturas.

¿Cómo separar el mito de la historia real? Ello requiere que necesariamente se deba ir a los orígenes, a las fuentes primarias del relato donde se generó, en el seno de las primeras culturas. Se ha dicho que la historia del diluvio que relata la Biblia no sería propia, porque habría sido tomada de otras culturas anteriores a la Hebrea. Para contrastar esta afirmación, se ha de recabar información de aquellas culturas humanas más antiguas de las que haya registro.

Si se compara el relato bíblico del diluvio con relatos de una cultura antigua, la más antigua, como lo es la Sumeria (3.500 a.C. aprox.), surgen aspectos muy interesantes. La cultura Sumeria, ubicada al sur de la antigua Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Éufrates, habitó una área geográfica considerada como la cuna de la humanidad. De esta cultura se conservan tablillas con escritos cuneiformes, las cuales fueron copiadas después en manuscritos por los representantes de la civilización de Babilonia en esa misma región.

Una investigación que revisó estos diferentes registros sumerios, consi-

derados por la antropología secular como los escritos humanos más antiguos, encontró una importante correlación entre el listado de reyes sumerios anotados en las tablillas y los patriarcas israelitas registrados en los escritos del Génesis bíblico². La investigación explica que ambos registros se refieren a los mismos acontecimientos en la historia de la humanidad, y ambos coinciden en varios elementos de la historia del diluvio como por ejemplo: que habría sido global, que fue un castigo de Dios por causa del pecado del hombre, que Dios ordenó construir una embarcación para salvar a algunas personas, que también se salvaría a animales, y ambos relatos señalan que se ofrece un sacrificio al final del diluvio.

Sin embargo, el estudio concluye que el escrito bíblico del diluvio no pudo haber sido una copia de los escritos sumerios, porque estos últimos contienen un relato incompleto, respecto a lo que el Génesis señala. Efectivamente, los primeros capítulos del libro del Génesis contienen información numérica completa sobre las edades de los patriarcas bíblicos y sus relaciones cronológicas durante el mundo antediluviano, pero además contienen algo muy importante, una descripción de la condición moral y espiritual que se esperaba tuvieran esos pueblos, lo que es complementado con una historia detallada de ese período.

No hay ningún otro documento en todos los registros existentes del mundo antiguo que proporcione una información tan completa y coherente, como la entregada por el libro de Génesis. En cambio, la descripción sumeria registra un listado numérico reducido e incompleto de la descripción detallada que hace el Génesis. Pero tal vez lo más relevante desde el punto de vista teológico, es que los relatos sumerios carecen de la profundidad espiritual y moral que registra el primer libro de la Biblia, e introducen varios dioses que no aportan en estos aspectos. Estos son sin duda argumentos contundentes respecto a la precisión, confiabilidad y superioridad de la narración bíblica del Génesis respecto al registro más antiguo como lo es el sumerio.

Son los escritos sumerios, por lo tanto (y también otros posteriores), los que distorsionan la historia original del diluvio, incluyendo politeísmo en el relato, lo que efectivamente inicia una transferencia generacional y cultural de esta historia con mezcla de elementos históricos y mitológicos.

El ascenso del científicismo que todo lo inunda

La Filosofía de las Ciencias señala que no se realiza investigación científica sin contar con supuestos y/o alguna determinada afiliación, consciente o no, a algún tipo de filosofía. No está

de acuerdo con esta afirmación el conocido físico teórico británico Stephen Hawking, quien recientemente afirmó que «La filosofía está muerta» (para la ciencia física). Sin embargo, esta obcecación de Hawking se apoya sobre premisas falsas, apelando por una parte a que la ciencia sería objetiva y la única que posee la verdad, y por otra, a que no hay especulación ni reflexión filosófica en la etapa previa a la investigación científica, ni aun al final de ella.

Son muchos los filósofos y científicos que han escrito en forma abundante sobre la inseparable relación entre la filosofía y la ciencia, desde Galileo a Popper, pasando por Newton, Hume, Kant, Poincaré, Einstein, Khun y muchos otros³. Tal vez la estrategia de Hawking al hacer estas declaraciones, sea el generar la mayor provocación posible en el mundo intelectual, con el fin de tener éxito internacional en la venta de sus libros. Porque, de seguro, su alta inteligencia le habrá permitido entender que al hacer esa afirmación tan categórica, no hace sino caer en una contradicción fundamental, puesto que al momento de declararla, ya lo hace desde la filosofía (desde el pragmatismo en este caso).

¿Qué filosofías relacionadas con el conocimiento predominan en la sociedad global del siglo XXI?

Hasta fines del siglo XVII e inicios del siglo XVIII, la cosmovisión de los cien-

tíficos naturalistas tenía como base el que nuestro planeta había experimentado una enorme catástrofe, como aquella descrita en los capítulos 7 y 8 de Génesis⁴. Se entendía entonces que la actual superficie de la tierra había sido moldeada por los efectos devastadores de un gran diluvio, y como evidencia de ello estaban los enormes cañones geológicos, las capas sedimentarias en todo el globo y los millones de fósiles enterrados en esas rocas sedimentarias.

Sin embargo, en el primer tercio del siglo XIX surge una nueva filosofía en el ámbito de la geología secular, radicalmente opuesta a la geología creacionista. Esta correspondió a la filosofía uniformista, cuyos postulados son que el pasado siempre ha sido similar al presente, por lo tanto no cabe considerar el catatrofismo bíblico, porque los cambios geológicos han sido graduales⁵.

A mediados del siglo XIX, la filosofía del uniformismo había sido adoptada por la mayoría de los geólogos. No obstante, un grupo menor de geólogos (naturalistas y creacionistas), a quienes se les tildó de «geólogos escriturales», ofrecieron cierta resistencia a la nueva teoría geológica uniformista, y se atrevieron a levantar su voz en congresos y seminarios científicos, defendiendo la tesis de que lo señalado por el Génesis bíblico era confiable y que la catástrofe

del diluvio estaba reflejada en la morfología de la superficie del globo. Sin embargo, estos «geólogos escriturales» se vieron sobrepasados rápidamente por la nueva cosmovisión uniformista, y de este modo la geología termina por abandonar los antecedentes históricos aportados por el Génesis⁶.

Pero esta visión uniformista de la geología, se enmarca en un ámbito filosófico más amplio, que se venía gestando desde fines del siglo XVIII. Se trata de varias corrientes seculares que rechazan la cosmovisión con base creacionista. Dos de estas corrientes más importantes de la filosofía de la ciencia fueron el Empirismo (Método o procedimiento de adquirir conocimiento basado en la experiencia y observación de los hechos) y el Positivismo. Ambas corrientes nacidas en Europa, pero esta última con mayor impacto en Norteamérica⁷.

El positivismo restringe las actividades de la ciencia exclusivamente a los hechos observables y a la determinación de las leyes de la naturaleza, las que «serían las únicas portadoras de conocimiento genuino»⁸.

En las décadas posteriores, la Revolución Industrial y el desarrollo de la tecnología, colaboraron a que el positivismo exaltara a la ciencia no solo como la única portadora del conocimiento genuino, sino también como

la verdadera fuente de la ética, de la política y hasta de la religión. De este modo cobraba vida y se asentaba en forma definitiva el cientificismo, doctrina que reconoce como única fuente de conocimiento verdadero a aquél que procede de las ciencias experimentales.

La ciencia libre de dogmas, creencias y prejuicios ha sido y es muy valiosa, pero lamentablemente el cientificismo y sus dogmas lo permea todo, incorporando ámbitos que no le competen a la ciencia (considerando sus propias limitaciones), como el ético, político, moral o el religioso.

No obstante también los aborda y dicta cátedra sobre ellos, de modo que, cada vez más, políticos, legisladores, gobernantes, clérigos y personas en general, van menospreciando los principios dados por Dios en su Palabra como las guías correctas, para considerar solamente aquellos que la ciencia valida. Estos son preceptos dictados por hombres y mujeres, que son científicos, claro, pero humanos al fin y al cabo, fuertemente limitados en su explicación acerca de las grandes preguntas que el hombre se ha hecho desde siempre.

El cientificismo ha dejado a Dios de lado, pero se ha inventado un dios propio, haciendo una sacralización de todo lo que es científico. De allí que, para la gran mayoría de la gente hoy, la ciencia es poseedora de *la verdad*.

Es importante reconocer que algunos geólogos más modernos han reconocido que, si bien el uniformismo ha sido un principio básico de la geología, la literatura geológica está plagada de afirmaciones falsas y engañosas esgrimiendo esta teoría⁹, e identifica 12 falacias que debiesen ser eliminadas de modo que los geólogos se sientan libres de proponer otras hipótesis científicamente razonables.

Sin embargo, por alguna razón, la visión del uniformismo se las ha arreglado para permanecer en la ciencia de la geología, a pesar de no tener asidero científico, del mismo modo que lo ha hecho el gradualismo evolutivo darwiniano en biología.

Curiosamente, el uniformismo geológico y el gradualismo biológico se han retroalimentado sistemáticamente, en un razonamiento circular nutrido por falacias.

De las falacias del uniformismo denunciadas por el geólogo Shea en 1982, aún permanecen las siguientes: El sostener que solo ha habido procesos graduales de cambio en el planeta y que las catástrofes nunca han ocurrido en la tierra, el sostener que los mismos procesos que ocurren hoy han operado en el tiempo geológico, el sostener que la tierra es muy antigua, y que las leyes que gobiernan la naturaleza han sido constantes a través del tiempo.

Ante este escenario, ¿cómo hablar hoy día del diluvio bíblico, si aún dentro de parte de la misma cristiandad ha calado profundo el hecho que el único conocimiento verdadero es aquél que entrega la ciencia? Pero, como se ha revisado brevemente, en ciencia abundan lamentablemente paradigmas errados a partir de los cuales se realiza investigación.

En este sentido, cabe hacer algunas preguntas: ¿Puede una persona que abraza el uniformismo, el naturalismo o el cientificismo interpretar correctamente un mundo que tiene una historia sobrenatural? ¿Cuánto han permeado estas teorías erradas al lector de la Biblia? ¿Cuántos mensajes o discursos cristianos evitan hoy referirse a estos pasajes bíblicos porque el uniformismo les ha susurrado que no cabe lo sobrenatural y podrían entonces quedar en descrédito ante sus oyentes?

Evidencias de intervención sobrenatural en el diluvio

Si se parte de la premisa que el planeta Tierra fue diseñado y creado originalmente por Dios en un acto sobrenatural, resultando en un mundo maravilloso, único e idóneo para el desarrollo de la vida, se sigue que el mismo Creador Todopoderoso lo podía modificar de manera importante, si se tiene en cuenta que su propósito inicial fue alterado por terce-

ros, debiendo ello quedar registrado claramente en la Biblia para el conocimiento del ser humano.

El libro de Génesis (6:13) registra precisamente esto, donde Dios comunica a Noé que ha decidido el fin de todo ser, porque la Tierra estaba llena de violencia, y que la propia Tierra sería también destruida con sus moradores. Son tres los capítulos del Génesis que recogen el accionar de Dios sobre este cataclismo planetario, y también se resume magistralmente en el Salmo 104 (6-9).

En el Nuevo Testamento, la actividad sobrenatural y control divino sobre el diluvio es declarada directamente o inferida de la Biblia en al menos cinco pasajes: en Mateo 24: 37-39; y en Lucas 17:26-27 el Señor Jesucristo comparó el Diluvio con su segunda venida. En Hebreos 11:7 se señala que Noé fue advertido por Dios acerca de las cosas que aún no se veían. En 2ª de Pedro 2:5 se lee que Dios trajo el diluvio porque no perdonó al mundo impío, y en este mismo libro (3:5-6), se señala que, por la Palabra de Dios, el mundo de entonces pereció anegado en agua.

Una interpretación minuciosa e integrada de la información bíblica citada revela que la acción sobrenatural acerca del diluvio es un requerimiento obligado, y existe un texto con clara alusión histórica respecto a los cambios épicos que sufrió la superfi-

El cientificismo ha dejado a Dios de lado, pero se ha inventado un dios propio, haciendo una sacralización de todo lo que es científico.

cie terrestre durante el diluvio. Se trata del Salmo 104: 6-9: «*Sobre los montes estaban las aguas. A tu reprensión huyeron; al sonido de tu trueno se apresuraron; subieron los montes, descendieron los valles, al lugar que tú les fundaste. Les pusiste término, el cual no traspasarán; ni volverán a cubrir la tierra*». Evidentemente este Salmo no puede ser una referencia al inicio de la Creación, porque la última frase es una clara alusión al pacto que hace Dios después del diluvio de no volver a destruir la Tierra.

Dios de manera sobrenatural levantó las cadenas de montañas en las regiones continentales para equilibrar las nuevas profundidades de las cuencas oceánicas. Por tanto la topografía global del planeta como la vemos hoy, no se habría formado por pequeños cambios graduales en millones de años como señala el enfoque uniformista sino en un enorme y complejo proceso que duró alrededor de un año (el tiempo de duración del diluvio).

Diluvio global

La interpretación del Salmo 104 (6-9) otorga algunas luces para ayudar a resolver uno de los grandes problemas relativos al diluvio, en el sentido de si éste fue local o universal. Se ha dicho que no habría suficiente agua en los océanos y en la atmósfera para cubrir todas las montañas en todo el planeta. Hoy sabemos que hay montes que miden por encima de los 8.800 m de altura, como el Everest. Pero la información entregada por este Salmo permite suponer que estos altos montes fueron elevados producto de los cambios geológicos ocurridos durante el diluvio.

Los fósiles marinos encontrados en las más altas cumbres son evidencia de que no siempre estuvieron a esa gran altura, y por otro lado, fósiles de plantas y animales propios de zonas templadas o subtropicales, y que han sido descubiertos en distintos puntos del globo terráqueo, sugieren que todo el clima de la Tierra antes del diluvio era relativamente similar y benigno, lo que se consigue solo con alturas no mayores a los 2.000 o 2.500 m, entre otros factores^{10, 11, 12}. Esta debió ser la altura máxima antes de que los «montes subieran».

Pero, de todas formas, no habría suficiente agua en los océanos y atmósfera para que sobrepasaran los 2.000 o 2.500 m de altura a nivel planeta-

rio. El agua contenida en la atmósfera en forma de nubes solo puede dar cuenta de una lluvia que cubra unos 5 cm de altura en toda la tierra, considerando que los modelos matemáticos señalan que el aire puede contener solo 55 gr de vapor de agua por m³. Estos antecedentes le dan poco respaldo a la teoría del dosel de agua que habría tenido la atmósfera antes del diluvio, y que habría precipitado. La fuente de agua que queda entonces como única opción es aquella que saldría desde el interior de la Tierra.

Fueron rotas todas las fuentes del grande abismo

La Biblia señala que el origen del diluvio se debió en primer lugar a que «fueron rotas todas las fuentes del grande abismo» y luego agrega «y las cataratas de los cielos fueron abiertas». Puede entenderse entonces este orden en la Escritura, no como un proceso independiente, sino relacionado (Interacción océano atmósfera, como lo vemos hoy en otros fenómenos como «El Niño»).

Una vez rotas todas las fuentes de las profundidades abisales marinas, expulsando agua a la superficie por una gran actividad volcánica a nivel planetario (dado que fueron rotas todas las fuentes), el ciclo hidrológico en el planeta pudo haberse incrementado sustancialmente, por una fuerte tasa de evaporación, debido al calenta-

miento de los mares por acción volcánica. La condensación del agua evaporada se vería facilitada por una colosal presencia de partículas microscópicas en la atmósfera debido a las erupciones volcánicas, generando lluvias torrenciales extraordinarias, que harían precipitar esa enorme cantidad de agua evaporada, en un ciclo que habría durado unos 150 días, de acuerdo al relato bíblico.

De esta forma se podría conciliar el texto «*y las cataratas de los cielos fueron abiertas*», después del texto que señala: «*fueron rotas todas las fuentes del grande abismo*». ¿Existen evidencias científicas que avalen esta propuesta?

Una investigación científica reciente, publicada en la revista *Science* en junio de 2014, hizo un revolucionario descubrimiento¹³, el que viene a cambiar radicalmente la visión actual del ciclo hidrológico en la Tierra, con dos poderosas pruebas, las que le dan mayor peso a la investigación, porque son independientes entre sí, pero llegan a la misma conclusión. ¿Cuál es esta conclusión? Que, bajo la corteza terrestre, entre unos 400 a 650 kilómetros de profundidad habría tal cantidad de agua acumulada, que sería equivalente a tres veces la suma de todos los océanos que están en la superficie terrestre. Los científicos sospechaban de largo tiempo que podría haber grandes reservas de

agua en las profundidades de la Tierra, y llevaban décadas investigándolo, pero hasta hace un año atrás no había mayores evidencias.

Este estudio cambia por completo la comprensión de cómo se formó nuestro planeta y sugiere que el agua que está en la superficie terrestre vendría desde su interior, empujada hacia la superficie por actividad geológica, con participación de volcanes submarinos (lo que recuerda un pasaje de la Escritura en 2ª de Pedro 3:5). Esto, de paso, echa por tierra la hipótesis que el agua de la Tierra había sido depositada por cometas o meteoritos, trayéndola desde el espacio. (Conclusión de los propios investigadores de este estudio).

El estudio combinó los experimentos de simulación hechos sobre la roca del manto bajo altas presiones, a unos 650 km debajo de la superficie de la Tierra, con las observaciones del geólogo Schmandt, utilizando grandes cantidades de datos sísmicos de más de 2.000 sismógrafos en todo Estados Unidos. Finalmente, concluyeron que la clave estaría en una zona llamada de transición, entre 400 y 600 kilómetros de profundidad bajo la superficie de la Tierra, donde el agua almacenada en las rocas del manto contiene un mineral denominado ringwoodita. Se trata de un mineral azul como el zafiro, muy abundante en el manto terrestre, y que

actúa como una esponja, absorbiendo gran cantidad de agua en forma química.

«Esta agua no está en una forma familiar para nosotros», declaró Jacobsen, investigador del Departamento de Ciencias Planetarias y Terrestres de la Universidad de Northwestern (USA). «No es líquida, ni hielo ni vapor. Esta agua está en un cuarto estado, atrapada dentro de la estructura molecular de los minerales en la roca del manto. El peso de 250 km de roca sólida del manto crea una alta presión, y las temperaturas superiores a 2.000° Fahrenheit, hacen que una molécula de agua se divida para formar un radical hidroxilo (OH), que se puede unir a la estructura cristalina de un mineral». Luego agregó que un 1% del peso de la roca del manto situado en la zona de transición con agua, tendría que ser equivalente a casi tres veces la cantidad de agua en los océanos.

Una de las conclusiones de Jacobsen, muy coherente con la expulsión de grandes cantidades de agua del manto terrestre a la superficie como señala la Escritura, es la siguiente: «Este descubrimiento sugiere que el agua de la Tierra pudo haber venido desde dentro, impulsada a la superficie por la actividad geológica».

Esta importante investigación científica de Schmandt y Jacobsen se basa en otro descubrimiento reportado en

marzo de 2014 en la revista *Nature*¹⁴, en donde otros científicos descubrieron un trozo de ringwoodita dentro de un diamante extraído desde una profundidad de 650 km, en un volcán en Brasil.

Ese pequeño trozo contenía una importante cantidad de agua unida en forma sólida en el mineral. Esto motivó a Jacobsen a sintetizar la ringwoodita en su laboratorio, haciendo reaccionar el mineral con agua en condiciones de alta presión, dado que el manto superior de la Tierra es rico en este mineral y está sujeto también a altas presiones. Como resultado, generó más de un 1% del peso de la estructura cristalina de la ringwoodita coexistiendo en agua. Casi la misma cantidad de agua que se encontró en la muestra del diamante. De esta manera confirmó experimentalmente lo que los estudios teóricos de simulación habían predicho.

La necesidad de reivindicar a los «geólogos escriturales»

El cientificismo, en la actualidad, considera solo como conocimiento válido lo que se determina a través de las ciencias experimentales, y ha venido menospreciando sistemáticamente en los últimos tres siglos el conocimiento bíblico, en sus aspectos históricos y explicativos de ciertos fenómenos que implicaron la intervención sobrenatural de Dios en

el planeta, y que están explícitamente descritos en la Escritura.

Este vuelco radical en el conocimiento científico relativo al origen del agua en la Tierra y de paso, el aporte de evidencias concretas respecto a que efectivamente habría agua suficiente bajo el manto terrestre para cubrir todos los montes, no hace sino afirmar lo señalado por la Biblia. El que saliese el agua atrapada químicamente en minerales bajo la corteza terrestre y cubriera las montañas más altas, fue por mandato divino en el inicio del diluvio, utilizando procesos geológicos para ello, mediante vulcanismo generalizado, al ser rotos los abismos y separarse las placas tectónicas. Luego, y también por mandato divino, las aguas disminuyeron sobre la faz de la Tierra, porque fueron cerradas las fuentes de los grandes abismos (Gén. 8:1-2).

Todo lo revisado indica que para una interpretación correcta de los distintos procesos y fenómenos naturales, se hace necesario que la cosmovisión de la ciencia se vuelva hacia la Escritura, como lo hicieron en su tiempo los geólogos escriturales, porque por encima de la denominada «madre naturaleza», está el Padre Creador, quien es finalmente quien la diseñó e instauró sus leyes y principios.

BIBLIOGRAFÍA

1. Bromiley G. 1982. The International Standard Bible Encyclopedia. Vol. 2, page. 319.
2. Erlando R. 1998. The antediluvian patriarchs and the Sumerian King List. *Journal of Creation* 12 (3): 347-357.
3. Wenning C. 2009. Scientific epistemology: How scientists know what they know. *J. Phys. Tchr. Educ. Online*, 5 (2).
4. Rudwick M. 1972. The Meaning of Fossils: Episodes in the History of Paleontology, Macdonald, p.78, 82.
5. Lyell C. 1970 (First published 1830-1833) Principles of Geology, being an attempt to explain the former changes of the earth's surface, by reference to causes now in operation, 3 vols., facsimile reprint, New York.
6. Mortenson T. 2003. The early 19th century British «Scriptural Geologists»: opponents of the emerging old-earth theories of geology, in: R. L. Ivey (editor), Proceedings of the Fifth International Conference on Creationism, Creation Science Fellowship, Pittsburgh, pp.539-550.
7. Horgan J. 1998. El fin de la ciencia. Ediciones Paidós Ibérica, S. A. 351 p.
8. Holton G. 2000. Ciencia y anticiencia. NIVOLA libros y ediciones. 220 p.
9. Shea, J. 1982. «Twelve Fallacies of Uniformitarianism». *Geology*, Vol. 10, page: 455-460.
10. Colbert E. 1949. Evolutionary Growth Rates in the Dinosaurs. In *Scientific Monthly*, August, p. 71.
11. Miller W. 1952. An Introduction to Historical Geology. p. 116.
12. Whitcomb J. and H. Morris. 1961. The Genesis Flood: The Biblical Record and Its Scientific Implications, Presbyterian & Reformed Publishing.
13. Schmandt B, S. Jacobsen, T. Becker, Z. Liu, K. Duerker. 2014. Dehydration melting at the top of the lower mantle. *Science* 344, 1265; DOI: 10.1126/science.1253358.
14. Pearson D. *et al.* 2014. Hydrous mantle transition zone indicated by ringwoodite included within diamond. *Nature*, Vol. 507, pages 221-228.

Quando nosotros no somos nada, Dios llega a serlo todo.

Stephen Kaung

Cartas de nuestros lectores

Hablando al corazón

Gracias por esta revista tan preciosa. Es impresionante cómo ella siempre trae artículos que me hablan profundamente al corazón. Agradezco a Dios por la vida de cada uno de los hermanos involucrados en este ministerio de edificación de la iglesia de Cristo. Que el Espíritu Santo continúe bendiciendo e inspirándoles en cada edición.

Mariza Ferrari (Brasil).

Alimento sólido

Gloria a Dios por la revelación exquisita que nos imparte la revista Aguas Vivas, que ustedes producen bajo la guía del Espíritu Santo. Llevo 25 años en el evangelio y, si no fuera por su ministerio, ya hubiera muerto de hambre espiritual. Mi espíritu demandaba alimento sólido y la única fuente donde lo he encontrado es en vuestra revista.

Escribo llorando de gratitud por la misericordia infinita que Dios tiene para con su pueblo. Tal bendición no se queda solo en mí, sino que Dios me permite bendecir a varias ovejas que también tienen hambre y sed de él, a quienes se las comparto con mucho amor, a fin de que el reino de

los cielos se siga extendiendo aquí en la tierra. Mi infinita gratitud a nuestro Dios por este milagro vivo que ustedes encarnan en medio de estos tiempos tan peligrosos.

Pedro Orrillo (Perú).

Gratitud

Gracias por la revista. Dios los siga bendiciendo con esta labor tan hermosa, al hacerla llegar a muchas partes del mundo y con la cual muchas personas son edificadas. Y no solo esto, sino que también otras llegan a los pies del Señor Jesucristo. Mi abrazos, y el Señor los fortalezca en su hombre interior. Saludos y abrazos a todos los hermanos en Chile.

Ramón Sanmiguel Tovar (Colombia).

Perfeccionando a los santos

La revista nos lleva cada vez más al conocimiento de la Palabra. Gracias, hermanos, porque vuestro ministerio perfecciona a los santos y así cada uno recibe el crecimiento del Señor y él mismo nos edifica en amor. Gracias por vuestra fidelidad en la obra del Señor. Bendiciones, y la paz del Señor Jesucristo sea con todos vosotros.

Cecilia y María Cecilia (España).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

Año 16 · N° 80 · Octubre - Noviembre - Diciembre 2015.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.